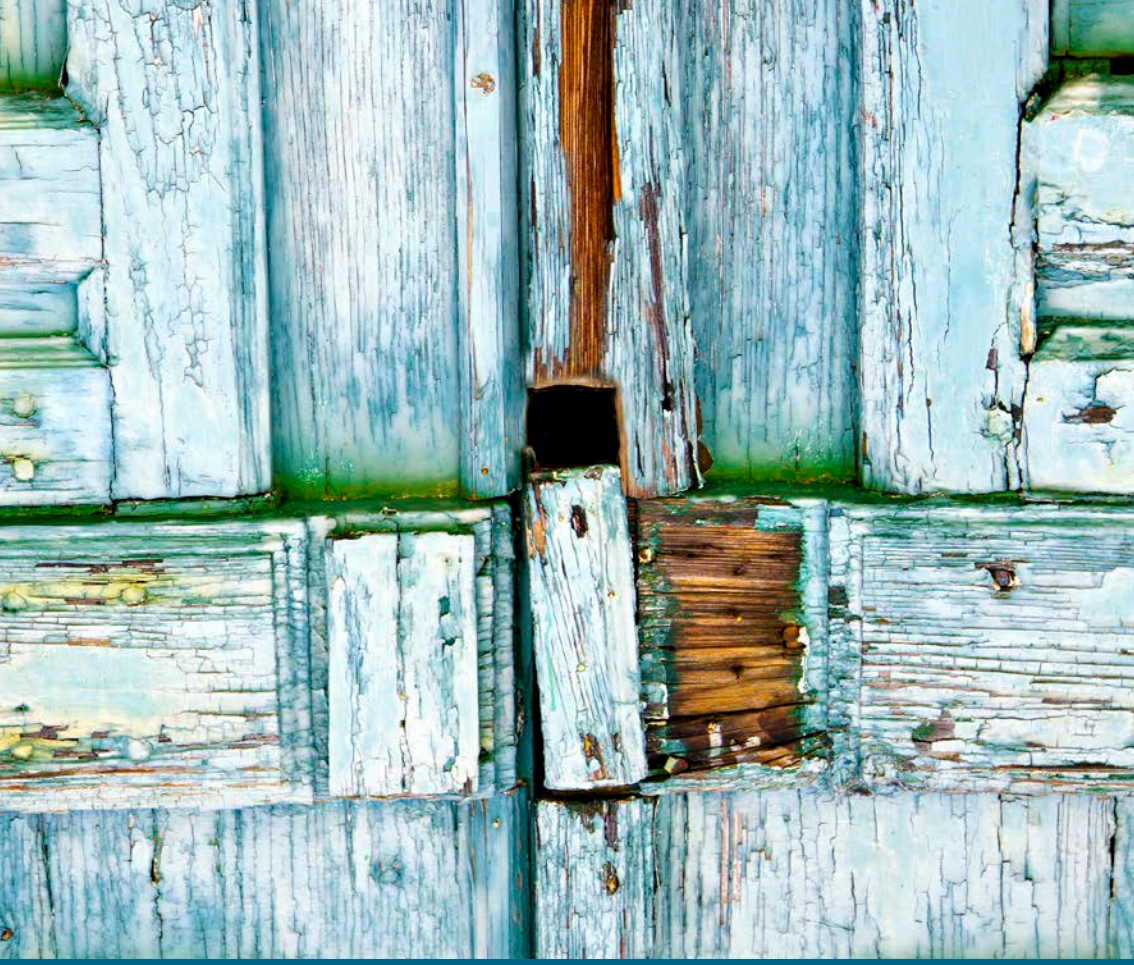


Mariana Romero-Nieva

Aquel agujero

Mis años entre una enredadera

Ω
MITÁFORAS EDITORIAL

MARIANA ROMERO–NIEVA

Esta dama manchega, amante nostálgica de su tierra natal, a la que dedica en gran medida su obra, nació hace un tiempo en San Carlos del Valle (Ciudad Real), y ha disfrutado una gran parte de su existencia en Alcalá de Henares. Entre la pasión por su familia y sus estudios en Humanidades, Educación y Derecho en la Universidad de Alcalá, siempre encontró un rincón secreto para su creatividad literaria y su delicada y poderosa poesía.

Miembro de la Asociación de Escritores de Madrid, mujer de gran humanidad, de prosa elegante y rimas hermosas y dolientes, ha participado en numerosos recitales, coloquios y foros literarios, además de contar con varios libros en su trayectoria literaria: *Las huellas* (2010), *Por la escalera del aire* (2013), *Para y sueña* (2015), *Vuelan versos con alas rotas* (2017) y *Versos en la niebla* (2019).

Con *Aquel agujero. Mis años entre una enredadera*, Mariana se sumerge, según asegura José Manuel Pedrosa en el prólogo de este volumen, en la "novela de aprendizaje", un libro de memorias que evoca de manera muy sincera, al tiempo que muy libre, la formación y el aprendizaje de la autora-protagonista en el escenario concreto de su pueblo natal: San Carlos del Valle.

Aquel agujero

Mis años entre una enredadera

Mariana Romero-Nieva

Aquel agujero

Mis años entre una enredadera

Ω
MITÁFORAS EDITORIAL

Queda permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, siempre que sea sin ánimo de lucro, y con la cita explícita y completa de estos créditos: Romero-Nieva, Mariana, 2021, *Aquel agujero. Mis años entre una enredadera*, Madrid: Mitáforas.

Aquel agujero. Mis años entre una enredadera
2021©Mariana Romero-Nieva
2021©Mitáforas Editorial

Primera edición: Madrid, marzo de 2021
Prologada, revisada y corregida por José Manuel Pedrosa Bartolomé
Revisada y corregida por Pedro Santiago García Romero-Nieva

Diseño y composición: Pedro Santiago García Romero-Nieva

Dedico este libro a mi hijo Agustín,
que marchó repentinamente.
Me has dejado muchos recuerdos,
entre ellos tu humanidad y dedicación
hacia los más necesitados.
Siempre te llevaré conmigo.

Índice

Prólogo 11
Introducción 17
1. El agujero 19
2. Mi pueblo 26
3. Mis miedos 28
4. Trabajo y paz 38
5. ¡Están llegando los toros! 41
6. La muñeca 54
7. La carta 69
8. La Navidad 76
9. La sencilla fidelidad 80
10. Las campanas 86
11. Caminando con ilusión 89
12. Dura supervivencia 91
13. Sensibilidad 96
14. Una idea feliz 100
15. Al refugio de la lumbre 110
16. Las arquitectas del hogar 113
17. El libro entre el bastidor 119
18. Mis poesías las consumía el fuego 129
19. Fuera peinados, fuera zapatos 139
20. Llegaban los titiriteros 150
21. Los últimos años en mi pueblo 161
22. Metí en la maleta los sentimientos 169
23. Las letras me liberaron 176
Otras fotografías 180

Prólogo

El libro de Mariana Romero-Nieva que tienen las y los afortunados lectores entre sus manos es una pieza feliz de la abundante literatura que hay escrita acerca de la infancia y la juventud. *Bildungsroman* es el tecnicismo que impusieron los críticos literarios alemanes a ese género. "Novela de formación" o "novela de aprendizaje" sería la etiqueta que le correspondería en español.

Todavía se podría afinar un poco más: el libro de Mariana Romero-Nieva no es exactamente una novela, sino un libro de memorias que evoca de manera muy sincera al tiempo que muy libre (tanto que algunas de sus páginas más soñadoras podrían ser, en efecto, de novela) la formación y el aprendizaje de la autora-protagonista en el escenario concreto de su pueblo natal: San Carlos del Valle, en la provincia de Ciudad Real. Allí nació en 1931, y allí creció, en años por cierto tan difíciles (los de la pre-guerra, la guerra y la pos-guerra) que han puesto fondo a muchísimas novelas.

El libro se cierra justo cuando acaba ese ciclo: cuando a la autora le llega el momento de emigrar y de dar un adiós definitivo a una juventud y unos paisajes que, con aquellos contornos específicos, sobreviven solo en sus recuerdos y en algunas de las hermosas fotografías, inmortalizadas venturosamente en estas páginas, que les sirven de empedrado.

Recuerda poderosamente en eso (y en muchos aspectos más) este libro de Mariana Romero-Nieva a *El camino*, de

Miguel Delibes: otra novela de formación y aprendizaje que concluye también con la marcha del joven protagonista a la ciudad. Puestos a pensar en analogías y en resonancias de la mejor literatura, vendría muy a cuento añadir el recuerdo, tal cual, de los versos inmortales de Antonio Machado:

> Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
> y un huerto claro donde madura el limonero;
> mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
> mi historia, algunos casos que recordar no quiero…

La pared antaño bien encalada bajo la frondosa enredadera plantada en el título del libro (*Aquel agujero. Mis años entre una enredadera*), desnuda hoy de adornos y de latir vital, arañada por las grietas y los desconchones que bien se aprecian en la primera fotografía que aflora en el interior del libro, se ajusta con exactitud al guion que inmortalizó el soneto de Quevedo que así arrancaba:

> Miré los muros de la patria mía,
> si un tiempo fuertes ya desmoronados
> de la carrera de la edad cansados
> por quien caduca ya su valentía.
> Salime al campo: vi que el sol bebía
> los arroyos del yelo desatados,
> y del monte quejosos los ganados
> que con sombras hurtó su luz al día…

Aquel agujero a través del cual contempla Mariana su vida infantil y juvenil, sus *años entre una enredadera*, permite también

a los lectores asomarse a un tiempo que entonces era calmado y cíclico: "todo era lento... nos parecía que tardaba mucho la llegada de la primavera", afirma la autora en una ocasión. "El invierno era hermoso y en torno a la hoguera mi padre y mi tío nos contaban historias de bandidos y guerras", nos confía en otra página, dando por supuesto, claro, que "el invierno" significaba en realidad "todos los inviernos", pues que aquel ritual volvía puntualmente con cada año. "Cuando llegábamos [al pueblo grande al que íbamos a hacer compras, los conductores del autobús] no nos daban la hora de vuelta, solo decían: cuando terminéis la compra estamos aquí": el tiempo estaba siempre a la vuelta, firme, previsible, fiel.

Dichoso muchas veces, "pues la infancia es el recorrido más bonito de la vida del ser humano, y de hecho es lo que más se recuerda cuando eres mayor". Pero no siempre: Mariana no nos ahorra, en uno de los momentos clave del libro, el recuerdo de aquella ocasión en que

> una mujer, con la que teníamos gran amistad, agonizaba. Su familia pidió a mis padres que, como yo sabía leer, fuese a leerle el *Ayudar a bien morir*. Tenía yo entonces diez años, me dieron ese libro y me puse a leerlo al lado de la señora moribunda, viendo la pena y emoción de los allí presentes que entre lágrimas respondían: "Perdónale Señor". Nadie se daba cuenta de cómo me temblaban las piernas y de la congoja que me arañaba la garganta. Por supuesto aquella noche no dormía. Sentía el runrún de aquel ambiente oscuro, triste, negro, con la luz de las velas oscilando y produciendo sombras en aquella cama vestida de encajes

> por donde asomaba una moribunda cabeza que no me atreví a mirar.

No lo sabía la Mariana niña de entonces, pero lo que estaba haciendo en aquellos instantes inolvidables para ella (y para sus lectores) era renovar el ritual inmemorial de la lectura de los *ars moriendi* o *artes de morir*, cuyos precursores centroeuropeos, en latín, fueron acuñados en la primera mitad del siglo XV, en la época de la peste negra, y que empezaron a ser traducidos y adaptados en España en la segunda mitad de aquel siglo. El célebre de Rodrigo Fernández de Santaella es de por entonces, aunque sus versiones impresas empezarían a gotear a partir de 1503. Por más que la edad de oro de los *ars moriendi* impresos fuese sin duda el siglo XVIII, hasta el siglo XX siguieron saliendo a la luz, en ocasiones como apéndices del catecismo.

Aunque Mariana parezca, en el año en que cumple los noventa, que siente solo añoranza de aquel tiempo cíclico, pausado, apegado al lento repetir de las estaciones y de las tradiciones, algo había ya entonces en su interior que no se conformaba con aquel ritmo: la pasión por la lectura:

> Fui devoradora de libros, renunciaba a todo antes que a leer un libro. Leía novela, ensayo, teatro, poesía, historia, cuentos... que luego comentaba con las amigas y se nos pasaban las horas y los días como si viviéramos en un mundo distinto.

Leer es querer saber más, aspirar a llegar más allá, crecer, saltar hacia otro lado, ir tras otra flecha (no circular sino lineal)

del tiempo: la pasión lectora fue la que llevó, no se olvide, a don Quijote a querer traspasar el recinto de su breve pueblo manchego para sentir en sus carnes qué era lo que había en el exterior… El destino de una persona lectora es el mundo, no su pueblo.

Mariana salió, luchó y se forjó su hueco feliz, y forjó huecos para otros seres, en el mundo de afuera. Nunca dejó de ser lectora, pero se hizo además escritora: una escritora sensible, transparente, depurada. Desde esa atalaya vuelve a contemplar, por el agujero que conecta la ancianidad con la niñez, la enredadera que gracias a su memoria sigue allí.

José Manuel Pedrosa
Profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá

Introducción

Sería hermoso leer este libro sentados en la mesa camilla o al calor de la chimenea, o a la luz del candil como me sentaba yo, al calor de tantas dudas y preguntas de las que aún no tengo respuestas.

Páginas frías que se refugiaban en los brazos de mi limitado, corto y frágil entendimiento. Una vida de tan grandes dimensiones que tenía frente a mí.

Enredada en el primer recorrido de la vida, dejo escrito en estas páginas cómo fueron aquellos años que me tocaron en aquel farragoso primer caminar de mi existencia.

Días de miedos y dudas que poco a poco fui aprendiendo como una lección de vida.

Quiero dar a conocer cómo se va desenredando esa maraña que envolvió parte de ese tiempo caminando entre barro y asfalto, con las manos siempre limpias y abiertas como pide la verdad.

Diferentes días, diferentes años, diferentes historias que dejé allí, entre olivares y viñedos verdes, entre espigas doradas y tierras surcadas. Caminos que quedaron abiertos para que mis sentimientos puedan entrar con la misma y leal serenidad de un alma sana y limpia, aunque muchas veces la tuve estropeada.

No me queda duda... mi memoria no me traiciona, todo lo que aparece en la pantalla de esta pequeña serie lo vi, lo observé y lo transmito en estas páginas que pertenecen a una

infancia asustada y a la vez feliz; feliz y confiada en los años que estaban por llegar. Una época con diferentes costumbres y diferentes modos de vida, que a pesar de todo, fue una larga infancia de juegos y alegría, como fue aquella juventud ilusionante repleta de proyectos, sueños que con tesón y firmeza se fueron alcanzando.

Mariana Romero-Nieva

Llegué paseando por delante de la casa en la que muchos años atrás viví y vivimos mis padres, mis cuatro hermanos y yo. Sorprendida y triste al ver el abandono en el que estaba, no pude contener las lágrimas, y un tropel de recuerdos galoparon por las caminos de mi alma.

1. El agujero

Me acerqué y acaricié las paredes descarnadas, las ventanas aburridas de tantos años sin vida y sin ilusiones, los dorados llamadores de la puerta que, cuando se levantaban, se podía oír el triste lamento del vacío, el triste eco de la soledad.

El portón por donde entraban los carruajes desvencijados, con la cerradura arrancada, atrajo mi mirada, y acercándome a él, con la nariz casi metida en el agujero, me llegó el olor sombrío de un jardín muerto.

Durante largo rato mire ávidamente por el espacio que me dejaba ver aquel pequeño y triste agujero.

Hierros oxidados, tejas caídas y rotas, hierbas resecas pidiendo a gritos calmar su sed de agua. Había una enorme rueda de tractor apoyada en la pared cubierta de barro seco, como una enorme coraza que impedía ver sus rodamientos.

No alcanzaba mi vista a realizar un detenido recorrido por aquel espacio que en mis horas de silencio tantas veces he recordado con añoranza.

Aquel sucio agujero lo cambié con mi imaginación por una pantalla gigante con mil colores de luz y de alegría. En esa pantalla aparecía mi madre al lado de la manguera del motor del

pozo, en tanto que salía de ella un gran chorro de agua fresca con la que regaba la enorme higuera que teníamos, y de la que arrancábamos y comíamos su fruto durante el largo verano.

El cubo de agua, la caldera, la pila de piedra donde bebían y refrescaban sus largos hocicos habitualmente las mulas. Las macetas cuajadas de flores, que todos los días las incansables manos de mi madre acariciaban para limpiar las hojas secas que afeaban su brillo, el membrillo con sus frutos colgando, que más parecían los pendientes de una bailarina, el peral que se desgajaba de tanto peso en sus ramas, las paredes encaladas que con los rayos del sol parecían iluminarse y formar grandes dimensiones celestiales.

En otro apartado de aquel gran recinto, veía las gallinas cacareando y mojando sus picos en su particular fuente una y otra vez, levantando sus pequeñas crestas al cielo, los conejos corriendo para esconderse en sus madrigueras, los cerdos que gruñían en su pocilga pidiendo un rato de libertad. Las mulas en la cuadra relinchando, y el ruido cansino que en los pesebres producían las cadenas, el nido donde las gallinas dejaban los huevos que, calientes aún, cogíamos para comer.

Fueron apareciendo escenas en esa pantalla de mi imaginación, dulces y amargas, recuerdos llenos de vida que contrastaban con esa triste ruina que divisaban mis ojos, a través de ese agujero.

Veía a mi padre con su señorial porte sentado en su butaca blanca de mimbre. El suelo de piedra y tierra, que empapado de agua en aquellos lindos atardeceres de verano con mezcla de olor a tierra mojada y paja seca que se hacinaba en la era, producía una sensación de paz en plena y viva naturaleza.

Me impresionó ver la casa de mis padres abandonada y pensé que dentro se seguirían viviendo tantas fiestas y tantas alegrías.

Las cenas en verano siempre fueron en ese fresco entorno. La mesa estaba debajo de la lámpara que colgaba de la pared. El cubo lleno de agua recién sacada del pozo donde se ponía a enfriar el vino y la fruta, los pepinos recién cogidos de la huerta, que mi padre siempre comía con sal o con miel, y todo el entorno impregnado de aquel olor a frescor de verano.

Cuando las viandas que se habían puesto en la mesa empezaban a disminuir, se levantaba mi madre con su esbelta agilidad y al momento volvía con un queso que sacaba de la orza de aceite y con el cuchillo clavado en el centro para que cada uno se sirviera el trozo que le apeteciera.

El pan redondo y blanco sobre la mesa que más parecía una gigante forma sagrada. El botijo del agua con su gorrito de *crochet* que impedía a las moscas que se sumergieran en su interior. Era un gran esfuerzo para la gente menuda acertar a que el chorro llegase sin problemas a la boca; normalmente caía en los ojos o nos bañaba la cabeza.

El primer evento que se celebró en esa casa de nueva construcción fue la boda de mi hermano Pedro. Era una casa grande y muy bonita; en ella se celebraron con el rito de aquella época, los tres días de comida y fiesta; se mataron corderos y gallinas, se hicieron dulces exquisitos; también había música y baile. Fui la madrina, ¡menudo espectáculo!

Cuando abrieron las puertas de casa para dirigirnos a la iglesia estaba la gente del pueblo esperando la salida del novio y la madrina con todos los invitados. Era la costumbre, un pasillo de gente hasta llegar a casa de la novia. Ella salía con toda su corte, y todos juntos llegábamos a la iglesia. Cuando acababa la ceremonia todos permanecían en la plaza para felicitar

y... el normal cotilleo: quién de los invitados llevaba el vestido mas bonito o lo guapa que iba la novia y la madrina.

Fueron días obsequiando sin cesar a familiares y amigos. Bulla, alegría, abrazos y bienvenidas.

Este tipo de fotografías se enviaban junto con una carta al novio, ya que en aquella época aún no teníamos teléfono. Esta, en concreto, me la hicieron en los años cuarenta.

Mi marido Agustín cuando aún éramos novios. Esta fotografía me la envió también junto con una carta. Años cuarenta.

2. Mi pueblo

Han pasado muchos años de aquello. Mis recuerdos retroceden y se trasladan a la casa donde nací y viví mi infancia y parte de mi juventud.

Nací en un pueblecito de La Mancha, San Carlos del Valle, en el mismo año de la proclamación de la Segunda República, en 1931. Pueblo pequeño de La Mancha muy conocido por su iglesia y la majestuosidad de sus cinco torres, que adornan la Plaza Mayor con una sobriedad que resulta admirable, en el Barroco.

Según dicen algunos cronistas se construyó con la idea de que fuera un corral de comedias, donde los ilustres personajes de la época representaran sus obras literarias y demás actos culturales; pero por razones que ignoro, quedó en Plaza Mayor del pueblo que con gran belleza parece abrazarse a la iglesia, una construcción hoy conocida como el pequeño Vaticano de La Mancha.

Esta es la calle donde nací, la antigua calle Cervantes. Esos señores lucían su yegua con los potrillos recién nacidos. Finales de los años treinta.

3. Mis miedos

No puedo hacer un juicio exhaustivo de los años vividos en la Segunda República, pero sí tengo en lo más recóndito de mi memoria hechos y momentos que quedaron fijos en mi infantil cerebro.

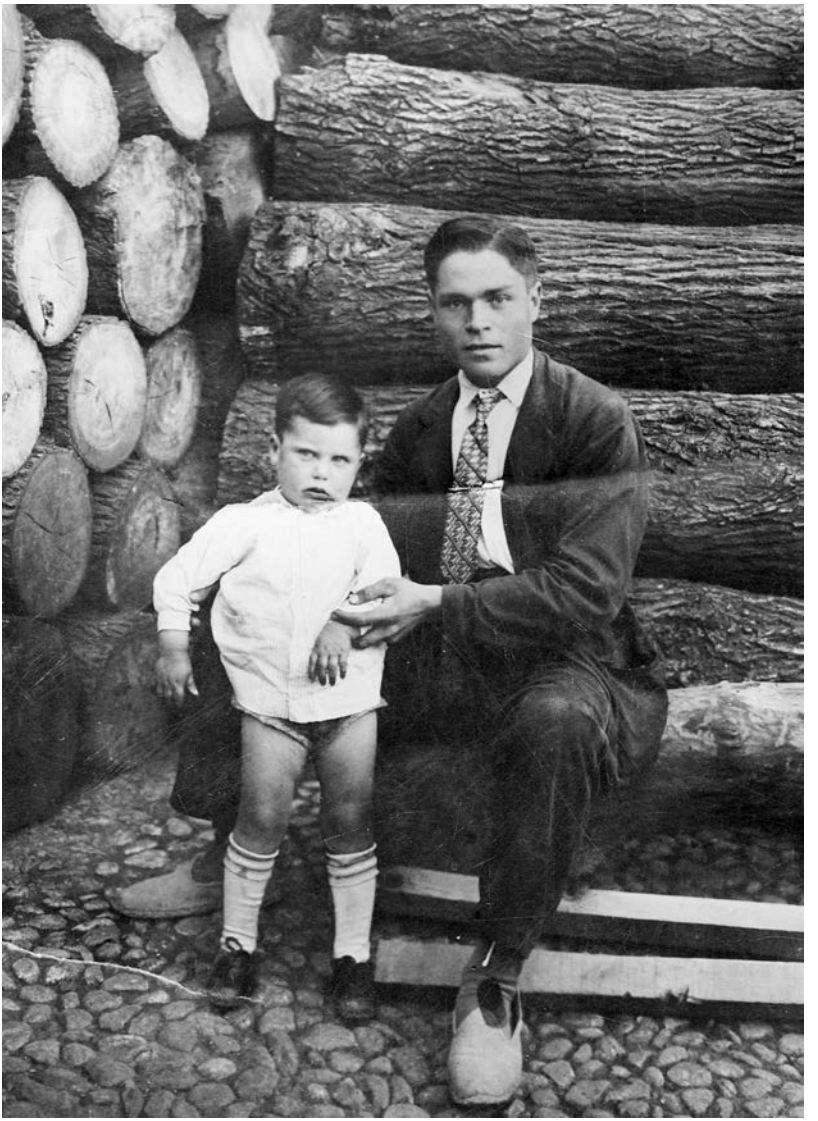
De aquellos años, el primer recuerdo que tengo como una pesadilla que aún me hace daño, es la muerte de mi hermano Manuel. Yo solo tenía dos años, él tenía cinco; muchas veces le dije a mis padres todo lo que sentí, vi y aprecié aquellos días de dolor. A mis padres les extrañaba que tan pequeña mantuviese un recuerdo tan claro.

Estaba en los brazos de una prima al lado de la cama donde a mi hermano muerto le ponían una túnica granate con galones dorados; su pelo negro contrastaba con la blanca palidez de su cara. Mis brazos se apretaron al cuello de mi prima.

Salimos de la habitación, tal vez para que yo no presenciara aquel momento; se puso a jugar conmigo en el patio de paredes encaladas, una suave escalera con los escalones pintados de rojo por donde subía arrastrándome para llegar a la cámara donde escondía los escasos juguetes que teníamos.

Está muy deshilachado el recuerdo de aquel fatal desenlace, no pasa de ese cruel momento, que tengo muy grabado.

Con mi corta edad los acontecimientos se diluían o palidecían rápidamente. Solo vivía de cara a los juegos, como es normal a esa edad. Me llevaban a la escuela, y tengo clarísimo, como si hubiera sido ayer, la imagen de aquella chica mayor con la cartilla *Rubio* en la mano y señalándome con un lápiz las primeras



Mi tío Paco con mi hermano Manuel (moriría muy pocos años después). Estaban en los talleres de mi padre entre los troncos de madera. Años treinta.

letras. Las de menor edad nos sentábamos en pequeños bancos enfrente de la mesa de la maestra, y las mayores en pupitres y mesas muy grandes.

Tengo recuerdos, no confusos pero algo desordenados, de aquellos primeros años de mi vida. Oía a las personas mayores que comentaban cosas complejas para mi escasa comprensión de lo que era justo o injusto. Sentí miedo en muchos momentos, ese miedo que siente una niña cuando ve llorar a su madre, o ve llegar a casa hombres extraños que se quieren llevar a tu padre. No, no lo entendía, y estalló en mí una rabia que solo logró contener mi hermano mayor.

Como espinas en el alma brotan los recuerdos de mi minúscula infancia. Ese miedo que intuía entre los mayores no lo quería conocer, eran cosas que a mí no me pertenecían, e inocentemente se las contaba a mis muñecas; a ellas les hacía partícipes de aquello que yo percibía. Puedo comprender ahora, pasados tantos años, que quizá pensara que lo anormal me parecía normal.

Hurgando en los sentimientos de la niña que era, aún veo como si estuviera contemplando un cuadro de Goya, el festejo taurino que se celebraba en las fiestas de mi pueblo.

Sentada al lado de mis padres en la balconada de la plaza, en la que vivía un hermano de mi madre, yo me asomaba a ver los toros saliendo de la iglesia, y a los mozos locales arrastrando las capas y casullas de los curas, toreando a los becerros.

Tenía la edad del... *¿Por qué? ¿Por qué los toros salen de la iglesia? ¿Por qué destruyen los altares y retablos? ¿Por qué desde el coro tiran el órgano?*

Entre tanto *por qué*, tantos miedos ocultos y tantos actos que no entendía, y sin haberme liberado de todo aquello, llegaron los fantasmas de la Guerra Civil. Una tras otra, en mi infancia, se iban acumulando más sombras y muchas más dudas.

¡Pobre muñeca de trapo! Tendría que seguir contándole lo que decían los mayores, porque la capacidad para retener de una mente casi recién estrenada no daba para desgranar tanta queja, tantos ocultamientos, tantas frases a escondidas, tantas puertas cerradas por miedo a las afiladas garras de la guerra, tanto rencor, tanto "no puedes salir", tanto "ten mucho cuidado", tanto "que no te vean", tantas medias palabras y tantas luces apagadas.

Con los ojos de la niña que era, con los ojos de la inocencia, confieso mis miedos. Mucho miedo a aquellos días de olor a pólvora, mucho miedo a aquellas noches en las que nos metían a todos en una cama abrazados como cachorritos para que no oyésemos los tiros que tronaban en la noche.

Miedo, tenía miedo al ruido de los aviones, a quienes llegaban con las armas colgando del hombro. Miedo; miedo en todo mi pequeño cuerpo y de escasa comprensión.

Resbalaban uno tras otro los días, y con el miedo como esquirlas en mi cerebro había que ir a la escuela, siempre con mi amiga Ruperta, que me esperaba en la puerta de su casa.

Juntas llegábamos a la plaza donde estaban las escuelas. El trayecto era corto, pero pasábamos por la puerta de un calabozo y corríamos como ratas porque decían que tenían preso a un hombre muy peligroso. Esto era comentado entre la

chiquillería; unos decían que tenía armas, que se escaparía y nos llevaría como el tío del saco —que por cierto no sabíamos quién era ese tío del saco, pero nos asustaban con él— y huíamos dando vueltas para no pasar por ese lugar.

Me movía entre sobresaltos y miedos, rumores que yo no podía descifrar, comentarios de muertes y tragedias poco específicas que yo no podía controlar con mi corta experiencia vital.

Los días pasaban y la situación nos acobardaba; los juegos en la calle se reducían, corríamos despavoridos al menor ruido extraño.

En el pueblo todos nos conocíamos, pero iba observando cómo se distanciaban amistades y familias. Por rumores y actitudes de la gente empecé a entender que en ese mundo de miedo y terror existían dos colores entre los habitantes, me di cuenta de que había familias que se fragmentaban, que unos aplaudían y otros lloraban cuando —a veces con retraso— llegaba la noticia de las luchas que existían entre diferentes sensibilidades.

Pasaban los días lentos con la guerra en las trincheras, otra guerra entre los ideales opuestos, y otra, la escasez y la miseria.

El recuerdo más vivo y triste que me atenaza es el día que avisaron a mi padre de que le tocaba ir a la guerra. Ya éramos cuatro hermanos; el mayor tenía doce años, la más pequeña solo meses; pensé que ya nunca volvería a ver a mi padre. Le veía frenético, preparando y guardando —más que nada— comida para que no nos faltara. Escondía costales de trigo, garrafas de aceite, quesos, legumbres, conservas, los cerdos quedaban en la pocilga, las cabras para la leche, y en el corral pollos, gallinas, conejos... Con todo eso nos mantendríamos en su ausencia.

Mi padre Pedro (primero por la derecha) acompañado por su cuñado y por el maestro del pueblo. Alrededor de 1920.

Recuerdo que mi madre, acompañada de mi hermano mayor, salía de madrugada con una mula tirando de un carrito, en el que metían el trigo, lo llevaban a un molino donde lo molían y se llevaban la harina para hacer el pan en casa. No en horno eléctrico, ni de gas, la cocción era en el fuego de la chimenea. Limpiaban los ladrillos del fuego, ponían sobre ellos la masa que tenían ya preparada, lo tapaban con una lata grande de conservas que cubrían con el fuego de la lumbre y salía un pan que ya quisiéramos comerlo ahora. Pura artesanía, me quedaba mirando cuando lo descubrían, la cruz quedaba abierta y dorada, como se hace el pan de mi tierra.

Así avanzaban aquellos días grises y descoloridos. Llegaban noticias que los mayores comentaban con caras desoladas, mientras me quedaba dormida acurrucada en sueños que no pertenecían a esa realidad.

Todos los días el cartero que iba de un pueblo cercano, La Solana —con un carro entoldado y una mula que se paraba a comer en las cunetas— repartía las cartas subido en una mesa en la calle, así, como si de un mitin se tratara; iba nombrando tranquilamente al destinatario de la misiva.

Yo saltaba de alegría cuando nombraba a mi madre, corría calle arriba con la carta entre las manos como si en ellas llevase un gran tesoro. Mi madre me la arrebataba emocionada. Con temblor en sus manos y una mueca de miedo y alegría la rasgaba a tirones, la leía en silencio mientras mis hermanos y yo impacientes esperábamos dando saltos por saber qué decía nuestro padre. Mi madre nos la leía en voz alta después de releerla ella en silencio. No nos decía si la noticia era desagradable, pero llego un día que se abrazó a nosotros con gran alegría

y moviendo la carta como si fuese una bandera nos decía que nuestro padre ya regresaba de la guerra. Saltos y risas, abrazos y lágrimas, y corríamos a dar la noticia. ¡Así son las madres!

Llegó el tan deseado día en el que mi padre regresaba... sano no, pero sí a salvo de las balas que nos decía le rozaban la cabeza. Cuando le vi llegar quedé pálida, aquel no era mi padre, su equipaje a la llegada era... unas botas mugrientas colgadas al hombro.

Estaba flaco, pálido, sucio, hambriento... Por nuestras caras él se dio cuenta de que le mirábamos con alegría y pena. Sus hermanas llegaron, mi madre y ellas nos apartaron, le quitaron la ropa y le *jabonaron* —decían—, pusieron un caldero de agua al fuego y cuando hervía introducían todo el equipaje. Con las manos en la cabeza hacían gestos de desagrado, aquella ropa estaba llena de piojos. La hirvieron... ese era el insecticida que utilizaban.

Poco a poco todo se iba normalizando, estuvo varios días como ausente, respirando lento y como cansado, sentado en su mecedora, triste, demacrado, sin expresar sus experiencias, parecía tener miedo; se olvidó hasta de comer. Iban a verlo amigos y familiares a los que, con frases cortas y apenas comprensibles, decía que comieron hierbas del campo y vivían dentro de las trincheras viendo como morían compañeros.

Pasado el tiempo se recuperó, pero continuaba el grito callado de muertes y desastres en toda España, ya que la guerra continuaba; los lamentos y noches de miedo mordían mi sensibilidad infantil.

Al fin llegó la anormal normalidad. Terminó la guerra y con ella llegó la escasez, la pobreza, el hambre, el vacío de un pueblo

que poco a poco buscaba otros lugares para vivir trabajando. Fue la gran miseria de la posguerra la que nos alejó a unos de otros; sentí el dolor del hambre que me rodeaba. Aquel raterillo inofensivo que se arrastraba a escondidas para entrar en alguna despensa y coger un mísero trozo de pan. El hombre que llamaba a la puerta con lágrimas en los ojos pidiendo "una limosna por Dios". Aquella mujer que se pasaba un día entero lavando ropa para que le dieran comida a sus hijos.

No puedo seguir... no pararía de narrar lo que era la gran lucha, la dureza del trabajo sin límite, solo para obtener una minúscula dosis alimenticia que a la vez era tan urgente y necesaria.

Lloré la marcha de amigas, de familiares, de aquellas personas que pertenecían a la tierra que les vio nacer. Unos marcharon a Valencia, otros a Oliva, Gandía, Barcelona y muchos otros sitios. Se marcharon con ellas mis juegos en su casa, nuestros pies manchados de barro chapoteando en los charcos, la mano que me curó la rodilla que sangraba cuando me caí en su patio, mi compañera de pupitre, la que guardaba mis secretos infantiles, el chico que me ponía la zancadilla, las apuestas para ver quien corría más.

Según escribo todo esto siento frío en la desnudez de mi alma, son arañazos que viven en el más oscuro rincón de mis entrañas.

Pasó la infancia, una infancia larga, y a pesar de todos los miedos y oscuras dudas que viví, me sentí afortunada. Disfruté de mucho cariño siendo la niña mimada de toda la familia a pesar de mis grandes travesuras.

La vida se fue trasformando a medida que el tiempo y los años pasaban. Se iban cicatrizando las heridas, volvía el olor a

pueblo, se recuperaban las familias, las amistades, la vecindad se volvía a reunir en la calle para charlar y reír juntos.

Me atropellan los recuerdos y me llevan a la loca etapa de la adolescencia, esa etapa donde todo lo que ves es insolidario, nada te parece justo; lo cambiarías todo sin darte cuenta de que cuando naciste el mundo ya existía, y no vienes con la ruta de cambio en el bolsillo.

Era la etapa de la rebeldía... pero me di cuenta de que después de los años de miedo y dolor se borraban poco a poco las cicatrices. Eso nos devolvió la amistad y la familiaridad en un pueblo que volvía a cantar con las puertas abiertas, que reía cuando en el alma le supuraban las llagas.

4. Trabajo y paz

La conciliación llegaba y se notaba en la calle, los vecinos y otros muchos amigos se unían mientras los niños y los más mayores disfrutábamos con nuestros juegos. Ellos contaban sus historias, su día a día, anécdotas, chistes... y resonaban las risas en espontáneas carcajadas para a veces terminar cantando bajo la blanca y clara luz de la luna.

Pasábamos alegres veladas al fresco de las cálidas noches del verano manchego, aunque al día siguiente algunos se tenían que enfrentar a ese calor aplastante de los campos empolvados.

La época de la siega era muy dura, la trilla, el aventar antes del amanecer aprovechando el escaso viento que traía el nuevo día. Aquel polvo de paja seca que se arrastraba por las calles.

Llegaba la hora del almuerzo —el desayuno—. Eran abundantes y sobre todo recuerdo ese refresco que se preparaba en grandes jarras en las que se les ponía vinagre, azúcar y agua. En el vaso añadían un poco de bicarbonato; al agitarlo con la cuchara se convertía en una bebida efervescente refrescante y digestiva. Muchas veces se lo llevaban a la era para disfrutarlo con aquel suave soplo de viento que venía y que apartaba la paja de los cereales.

Un niño siempre era el que, subido en la trilla —o trillo—, dando vueltas y vueltas, tiraba del ramal de las mulas con su sombrero de paja bajo aquel sol abrasador. Apenas les pagaban, a veces por la comida y alguna que otra mísera peseta. Recuerdo aquel niño al que se le llamaba *el trillaor* —así,

en manchego— sentado en una pequeña mesa que teníamos en un patio cubierto con zarzos y con los muebles de verano; todo recién regado con agua del pozo, con olor a tierra mojada, y ese frescor natural que respirabas y te llenaba los pulmones y los bronquios sin necesidad de ponerte el *ventolín*. El niño que trillaba desde que salía el sol, apenas se sentaba en la mesita se quedaba dormido, y había que despertarlo para que siguiera comiendo, pues pasada la siesta tenía que continuar subido a la trilla hasta la puesta de sol.

En los talleres de mi padre, en esa época, había mucho trabajo. Recuerdo los almanaques que mi padre regalaba a sus clientes, que así rezaban: "Pedro Romero-Nieva. Talleres de carretería, carpintería, herrería y serrería mecánica". Abrían a las tres o cuatro de la madrugada, y mi padre y mis hermanos empezaban la urgente tarea para tener la obra preparada en aquella época de recolección,

Teníamos en casa un *oficial*, así le llamaban, que trabajaba al mismo ritmo que ellos; no era del pueblo, le llamábamos el hermano Sabas; era un buen hombre y vivía en casa; los fines de semana se iba a su pueblo, fumaba muchísimo. Una noche se quedó dormido con el cigarro y se prendió el fuego en la cama; todo ardió, de milagro que despertó y no le pasó nada.

Las duras faenas de verano terminaban siempre para las fiestas, el 14 de septiembre, día del Cristo.

Con mi hermano Manuel, paseando por el pueblo. Años cincuenta.

5. ¡Están llegando los toros!

Así empezaba la fiesta grande. La víspera, día 13, llegaban los *torillos* a altas horas de la noche... ¡qué misterioso todo!

Bando Municipal: —¡Cerrar las puertas, apagar las luces, los toros vienen ya muy cerca, y como vienen sueltos con los mansos se pueden escapar!

Emoción, alegría, miedo... Todo se acumulaba en el corazón de los niños que mirábamos por un agujero de la puerta, por el ojo de la cerradura o entre la reja de las ventanas. ¿Pasarán por aquí?

El 13 de septiembre se celebraba la novillada. No se puede ver cuadro más bonito que aquella plaza llena de gente, los balcones adornados y el vibrar alegre de un pueblo que celebraba las fiestas de su patrón, el *Santísimo Cristo del Valle*, que da nombre al pueblo de San Carlos del Valle.

Con carros, galeras y toda clase de artilugios formaban el anillo, con tanta habilidad que no quedaba un hueco para que un novillo se escapase —aunque en más de una ocasión lo hizo— y fui protagonista de una de esas escapadas

Aquel año, no sé por qué motivo, los toros no se celebraron en la plaza; era un *corralón* donde formaron el anillo. Por la mañana era el encierro y me fui a verlo —pero me llevé a una de mis hermanas más pequeñas; yo no tendría mas de diez años, con esto os podéis figurar lo que era la vida en el pueblo—. Estaba subida en una de las galeras que formaban el anillo y uno de los torillos se escapó. Solo se me ocurrió tirarme al suelo con mi hermana y dirigirnos a la puerta de salida. El toro corría, pero yo corría más. Un primo mayor

Encierro taurino en un corralón, cuando se escapó la vaquilla. Aquí es donde me tiré de la galera. Años cuarenta. Foto cedida por Joanna Navas.

nuestro, con el capote de torero, pudo sujetar al toro pero... no me libré de una gran reprimenda, y no digo nada cuando se enteraron mis padres ¡Ufff, la que se lió!

Los mozos del pueblo, con capote en mano, salían al ruedo; pero cuando el toro les miraba corrían desesperadamente a refugiarse en el primer agujero que encontraban. Siempre salía un valiente de verdad y se lucía con la gente de su pueblo ¡Ese mozo tiene que ser torero, cómo domina el toro! —comentaba el público mientras aplaudía a rabiar—. El muchacho, todo eufórico, daba la vuelta al ruedo con los trofeos en

Otra imagen de la fiesta taurina en la plaza. Esta foto es más reciente. Foto cedida por Joanna Navas.

En la plaza, viendo los toros. Aparece toda mi familia en la balconada de mi tío, en la primera planta: mis padres, mi marido, mis hijos, sobrinos, hermanos y tíos. Años ochenta.

la mano, pues se le concedían orejas, rabo y... hasta el toro entero si venía al caso.

Pasados algunos años, y siendo ya mayores, en esos días, un hermano de mi padre —el tío Paco— y su mujer, a la que llamábamos tita Cati, venían a pasar las fiestas con nosotros. Pasábamos unos días muy agradables con ellos, siempre de bromas y buen humor. Mesa repleta, charlas y risas con sabor a fiesta. Largas sobremesa... y la copa de anís *La Asturiana*, que no podía faltar. Mientras tanto comentábamos y enseñábamos a tía Cati el vestido que nos íbamos a poner el día grande de la fiesta del Santo Cristo, por el que todos teníamos una gran devoción.

Terminado el festejo taurino nos dirigíamos al recinto ferial, que solo se componía de unos puestos de golosinas, un tiovivo que daba vueltas según le empujaba el fornido mozo de la familia, y el turronero de La Membrilla, que ya era un clásico, pues no faltaba ningún año.

El día 14 se celebraba la misa y procesión con la muy venerada imagen del patrón. Todo se vestía de gala, y por la noche... a la verbena, con la silla en la mano el que quería sentarse. Música y a disfrutar, que para eso llegan estas fiestas tan deseadas.

Después venía el cotilleo.

—¡Te has *fijao* en el traje de...!

—Pues chica, si te digo la verdad no, porque a mí no me interesa ni cómo se viste ni cómo presume, dicen que le hace los trajes la mejor modista de...

—Yo también lo digo, se cree que es la hija de... *bla, bla, bla*... y ya ves tú quién es... como si no los conociéramos.

—Bueno, bueno... cómo va la fulana, es un vestido muy mono pero ella no tiene garbo.

Esta es la atracción de feria en la que, atrevidamente, nos subimos tres de mis amigas y yo. Años cuarenta.

Esta foto nos la hizo el famoso fotógrafo taurino José Rubio. Mis amigas y yo salíamos de la misa de las fiestas del pueblo. A mi izquierda están Mari Pepa y Ana. Años cincuenta.

—¡Ay que alegría, me parece que ha venido nuestra amiga... vamos a esperar, qué guapa está, como siempre de elegante, tenemos que darle un abrazo, es una persona increíble, no pierde la costumbre de venir todos los años.

Cruzan los chicos con traje y corbata.

—(Entre risas) Así tenían que ir siempre, se les ha pegado el aire de la capital, aunque parece ser que en lo de estudiar no van muy bien.

Son las cosas de los pequeños pueblos.

A las doce o doce y media del día catorce las campanas empezaban a repicar, la música a sonar, y salía la imagen del Cristo de la Iglesia adornada con hermosos ramos de flores. ¡Viva nuestro Santo Cristo! El pueblo responde un *¡vivaaaaa!* Aplausos, respeto, devoción. Detrás de la imagen, la procesión con el sacerdote y todas las autoridades del pueblo acompañando a nuestro querido patrón.

Hace calor, los abanicos vuelan, se buscan las sombras pero caminamos hasta el final entre música y cantos.

Terminado el recorrido de la procesión era necesario un refrigerio. Caminábamos deprisa hacia la terraza del Casino para tomar la cerveza fresquita y las gambas rebozadas, que de verdad, no las comí más buenas en mi vida. Muchos años el calor era agobiante; otros muchos nos acompañaba la lluvia, pero de una u otra forma la ilusión y alegría era la misma.

Recuerdo la llegada a casa con los pies destrozados por culpa de los zapatos nuevos; mis hermanas y yo siempre llegábamos las últimas. Entrábamos a escondidas a cambiarnos de ropa porque la bronca de mi madre la teníamos segura.

Procesión. El cura, bajo el palio, acompañado por todas las autoridades. También aparece mi padre, indicado con una flecha. Años cuarenta.

Una de las fiestas que celebrábamos con los amigos en alguna casa de campo. Yo estoy en primer plano con una copa en la mano. Años cincuenta.

—¡Vaya *fafo* (palabra muy manchega) que tenéis, llegáis a mesa puesta, qué afán tienen mis hijas para ayudar a su madre! ¿Es que no sabéis que hoy están los tíos y tengo más faena? Claro... teníais mucho que hablar con las amigas.

Así, entre las quejas de mi madre, las bromas de mi padre y mis tíos, la cara larga de mis hermanos porque querían comer, nos sentábamos a la mesa, que se preparaba en aquel gran *jol* iluminado por un ventanal de hermosas vidrieras.

Era el día grande, el día añorado durante doce meses; se preparaba la pepitoria, plato típico para este día, al igual que el pisto manchego con la carne de conejo que el día anterior se había cazado en su madriguera. Se le mataba, se le quitaba la piel, y muy limpio de todo se cocinaba. Hoy, eso de matar el gallo o el conejo lo llamarán maltrato animal, pero así era, y así continuará siendo en infinidad de pueblos en donde se seguirán criando estos pobres animalitos.

En esa época el melón que se cosechaba en casa estaba en plena maduración. El café se servía en bonitas tazas de China, y mi madre siempre lo advertía: —Tened cuidado que no se rompan, son las que me compró la abuela cuando me casé. Yo hoy las conservo como una verdadera reliquia.

¡Ah! y la bandeja de los rosquillos *bailaos*, que eran una auténtica delicia para el paladar.

Pasadas las fiestas empezaba la vendimia, una época muy bonita si el tiempo era bueno. Las viñas alegraban el campo con las vendimiadoras y vendimiadores, cortando los dorados racimos que se depositaban en grandes cestos —espuertas— que eran arrastrados hasta los carros y galeras para después llevarlos al pueblo, donde pasarían la noche en la calle. Los niños trepaban por las ruedas para alcanzar un racimo de uvas, haciendo que les chorreara el mosto dulzón y pegajoso.

Al día siguiente, muy de madrugada, las llevaban a Valdepeñas, el pueblo de las grandes bodegas y de mucho vino.

La vendimia

Voy a recorrer caminos
polvorientos y cansados,
entre pámpanas de viña,
entre trigales dorados,
entre olivares dormidos
y corazones callados.

Voy paseando en otoño
noches y días, regados
con sudores de vendimia
sueños al pie del arado,
canciones de viejos tiempos
recuerdos de mi pasado.

El sol empieza a asomar
por montículos lejanos,
a las pámpanas sonríe,
a los racimos dorados,
a los hombres que caminan
con los aperos cargados.

Con la gorra en la cabeza,
su pañuelo al cuello echado,
sus pantalones de pana,
su petaca y su tabaco,
su cara curtida al viento
como ese terruño pardo.

Las mujeres de mi tierra
—manchegas de viejo arraigo—
llevan el alma templada,
el cuerpo muy ajustado,
la risa por bandolera
y al horizonte mirando.

El aire de esas llanuras
que sopla suave y templado
perfume de tierra seca
en la ropa va dejando
y en la cara de las mozas,
color de bronce dorado.

Dibujo del niño David Martínez Navas, con Trastorno del espectro autista. Se representa un campo de cepas con racimos de uvas, un tractor con remolque y una espuerta llena de uvas.

6. La muñeca

El caminar de la vida iba apareciendo en la gigantesca pantalla de mi imaginación y, lentamente, la transformación de todo.

La mesa se llenaba de nietos, la manguera del motor del pozo sufría los tirones de los niños que allí se reunían. Los veía en la deslumbrante luz de mis recuerdos medio desnudos en los días calurosos del verano y empapados de agua; los mayores siempre aventajaban a los pequeños que, lloriqueando, acudían donde estábamos y nos relataban sus quejas.

A todos nos encantaba cuando la abuela salía con comida para todos aquellos animalitos que pululaban por el corral y les llamaba para lanzarle el trigo o cebada, que tiraba en forma de lluvia llamándoles, *pitas*, *pita*, *pitas*... y los pequeñajos repetían frotándose los dedos; siempre había alguno que daba una patada y todos reían por el revuelo que se organizaba.

La pantalla se agranda más y más. Aparecen escenas entrañables; el abuelo llevando a los niños a la era para montarlos en la trilla que tanto les divertía. Eso sí, el regreso era fatal, llegaban rebozados de paja que había que quitarles entre agua y cachetes.

Los atardeceres de verano sentados a la puerta de la calle, las reuniones charlando al fresco, las visitas diarias de un matrimonio amigo, todo se me agolpaba en el desgastado cerebro de los años; empujando fuerte para desterrar de mi vista esas imágenes desgarradoras que apreciaba a través de ese diminuto *agujero*.

Recuerdo a mi padre sentado a la puerta en su butaca de mimbre blanco con los brazos apoyados y con los dedos

La familia, de Comunión. Abuelos, hijos y nietos. Años setenta.

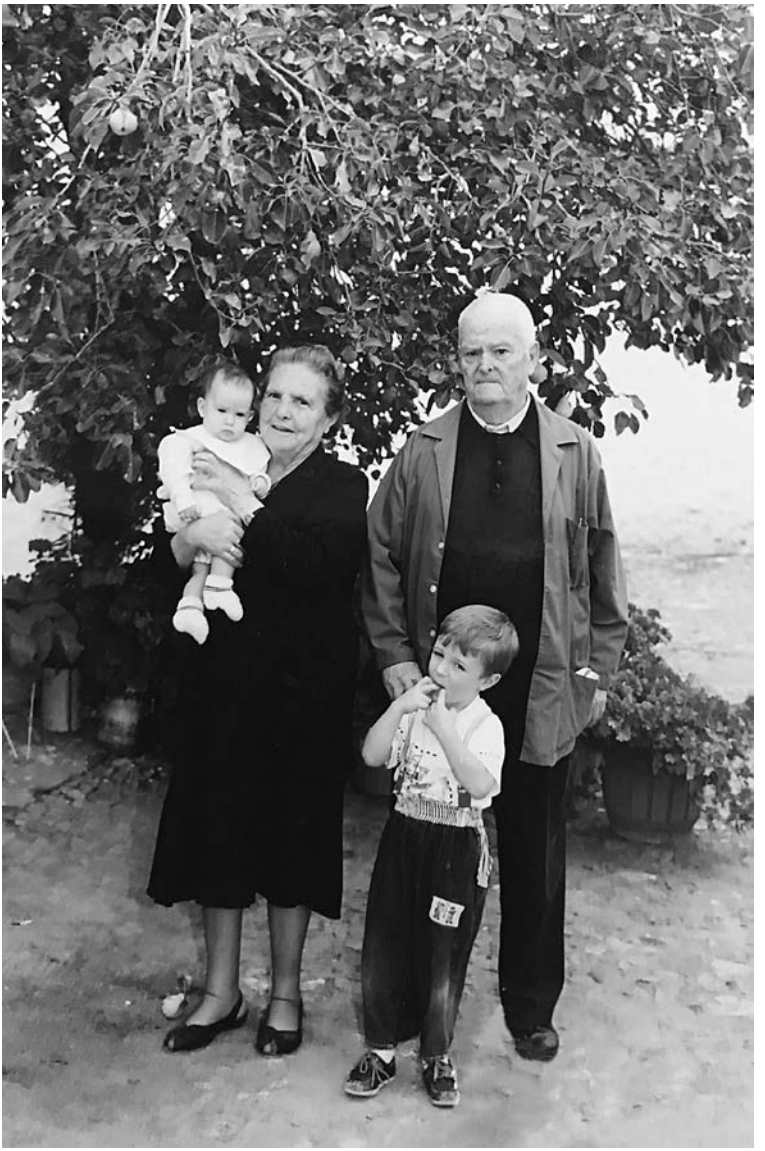


Imagen de mis padres Micaela y Pedro, en el patio de su casa, con dos de sus biznietos. Finales de los años ochenta.

produciendo un ritmo musical. Mi marido con el cigarro en la mano recreándose de aquel ambiente plácido y tranquilo. Le agradaba mucho estar con mi padre; los dos pasaban largos ratos con animadas conversaciones.

De vez en cuando pasaba algún paisano y se paraba a saludarles; no se tenía noción del tiempo, las horas resbalaban sin darnos cuenta, el reloj no les esclavizaba.

—¡Buenas tardes, queeee... se toma el fresco!

—A ver, qué remedio con *estas* calores, aquí por lo menos corre el aire.

Horas de charla, cigarro tras cigarro, palmadas en la espalda, risas sin miedo en alegres conversaciones inofensivas.

Los niños con la merienda en la mano jugaban con los demás niños del barrio, corrían y sudaban hasta que la cara se les llenaba de churretes; por lo que después venían los llantos y quejas cuando había que lavarlos.

Mi imaginación no se agotaba, seguía dibujando escenas que una tras otra aparecían.

Fueron años hermosos, una época tranquila y libre de prejuicios, respetando y ayudando a los mas necesitados, educando y dejándose educar con seriedad y aceptación, vida sana y humilde que se conformaba con la paz y el trabajo que tanto se deseaba.

Viví y disfruté de una infancia y juventud maravillosas, era ese lugar familiar donde todos éramos amigos, donde los niños respetábamos a los mayores y aceptábamos con agrado que nos corrigieran. Mis recuerdo, como he dicho anteriormente, están más ligados a otra casa más rústica, pero para mí más hermosa porque en ella se desarrolló toda mi infancia.

En el reguero del patio me mojaba los pies, olía a piedra, a paja, a hierbas, al rebaño de ovejas que lentamente, conducidas por el pastor, cruzaban la calle hasta llegar a su redil.

Las blancas paredes encaladas, que olían a limpio, el canto de las golondrinas enganchadas en los cables de la luz, el cacareo de las gallinas, el perro suelto por la calle ladrándole a los gatos, el canto de la codorniz enjaulada.

Se palpaba la sencilla serenidad de una vida que parecía hecha para que se quedara en el alma de los poetas, la *runruneante* serenidad de un pueblo que cantaba mientras se limpiaba las lágrimas.

Mi vieja casa

A un lado el paredón sombrío,
más arriba la cerca con la casa,
las ventanas latiendo soledad,
la higuera medio seca, deshojada.

Duermen los montes que recorrí cantando
y los arroyos que crucé riendo.
La torre desafiante, erguida
con su espadaña arañando el cielo.

Fui a verla y ya no estaba,
la vistosa enredadera que adornaba la ventana,
alargué sobre ella una caricia
y mis ojos le dejaron una lágrima.

Seguí mi camino hacia el olvido
y tendida en el suelo se quedaba,
rodeada de sueños y frescura
la sombra de mi infancia.

En esta fotografía aparecemos al completo mis padres, mis hermanos y yo. Se hizo para el libro de familia numerosa. Estamos en el corral de mi vieja casa, donde se ven la gavillera y la puerta por donde salían las mulas. Principios de los años cuarenta.

Mis amigas y yo sentadas en el suelo de un patio manchego. Nuestras madres adornaron la foto con una muñeca. Yo soy la del vestido blanco. Tendríamos alrededor de 8 años. Estábamos en plena Guerra Civil.

Veo a mis padres jóvenes, los juegos en la calle con un batallón de niñas, y los niños persiguiéndonos jugando al escondite. No quisiera calcular mal, pero en el corto espacio de calle donde yo jugaba, sí que nos juntábamos entre veinte o veinticinco chiquillos; estaba todo lleno de vida.

Si algún día tardaba en salir ya estaban gritando mi nombre en la puerta de casa.—¡Marianaaa... te estamos esperandooo...!— y salía corriendo con la merienda en la mano, que la mayoría de las veces no me la comía —engañaba a mi madre pues era una pésima comilona—, se la daba a alguna niña o niño de los que todavía continuaban con la escasez y miseria, les preguntaba si querían un poco y terminaba dándoles todo.

Los años duros de la posguerra fueron largos y amargos, por lo cual repartía la merienda para continuar nuestros juegos como amigos de igual a igual. Mi madre, muy preocupada, le consultaba al médico por mi falta de apetito. La receta era muy conocida: un ponche con leche, yema de huevo y un poquito de Quina Santa Catalina. Rico ¿no?

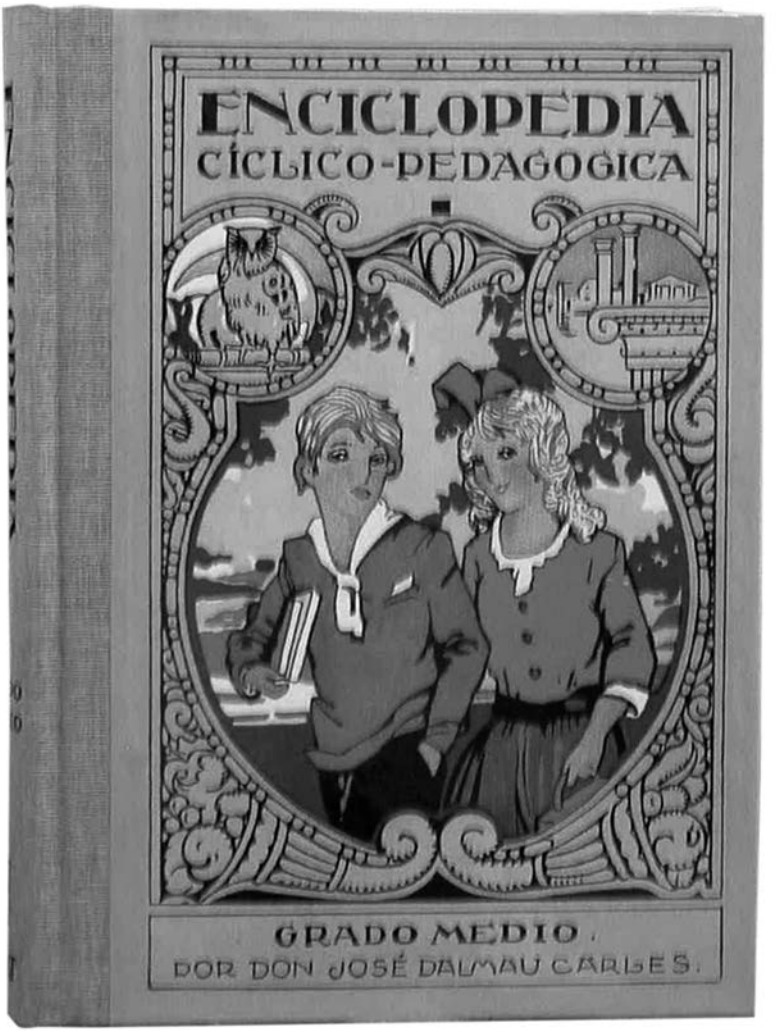
Los inviernos en mi vieja casa siempre me parecieron hermosos. El calorcito de la lumbre, las patatas asadas que pelabas soplándote los dedos, el puchero del café pegadito al fuego que siempre permanecía con el colador de tela llamado manga, el pan tostado al que la hacíamos cuadros para que el aceite empapara mejor, las rebanadas de pan frito y ese enorme tazón de leche que nos ponían recién ordeñada y que se hervía dejándola subir tres veces, pues así —decían— morían los malos bichos.

Con este desayuno y con los mofletes de un rosa subido nos íbamos a la escuela con nuestra cartera de tela que nos hacía nuestra madre, y en la que metíamos una enciclopedia

Cocina típica manchega con la lumbre, el puchero de barro y la parrilla.

—que pasaba de unos a otros— un cuaderno, un lápiz al que sacábamos punta con una cuchilla de afeitar o con esa navaja que tenía multitud de aplicaciones, cortaba, pinchaba... y era imprescindible en la mesa, sobre todo, de las personas mayores. La pizarra con el pizarrín y un pequeño trozo de tela atado a la pizarra para borrar y poder continuar escribiendo.

Cuando ya eras mayor añadíamos el plumín que mojábamos en un tintero puesto en un agujero del pupitre, tinta que se elaboraba con un polvo azul y agua. Ese plumín, si apretabas un poco la punta, se abría como el pico de un pájaro y tenías que cambiarlo; por más que intentabas cerrarle el pico, no seguía escribiendo.



Esta enciclopedia, o una muy similar, es la que utilizábamos en la escuela.

En las escuelas estábamos separados las niñas y los niños, la maestra y el maestro; luego en el recreo nos juntábamos todos a jugar en la plaza como a la haldada de nuestra Iglesia.

Al salir al recreo nos poníamos en fila y la maestra, delante, nos hacía cantar una canción que creo recordar.

¡Lástima que no pueda escribir la música!

Todas unidas vayamos a jugar,
de nuestras horas es esta la mejor,
himnos de júbilo lancemos sin cesar,
y la alegría resuene en derredor.

Ya que el estudio, acaso será,
la llave de oro de un gran porvenir,
bajo el sosiego constante y tenaz
que tantas veces nos hace sufrir.

Era una canción muy... como todo lo de entonces. Todas unidas, pero no me acuerdo de más. Salíamos a la plaza como una enorme bandada de pajarillos sueltos, con el mismo empuje que los niños de ahora y siempre; la única diferencia es que no llevamos el móvil, ni las botas de agua, ni chubasquero, ni la cartera de pie, ni el carrito para los libros.

No vestíamos pantalones para protegernos del frío; llevábamos calcetines altos y nuestra faldita. Nos dábamos el calor de los abrazos y la sana alegría de compartir.

La enciclopedia a la que hago referencia era un pozo de sabiduría, todos los días nos aprendíamos un lección de memoria; difícilmente se nos podían olvidar todos aquellos temas,

pues de antemano sabías que si no lo recitabas de principio a fin te caía el palmetazo en la mano y... ¡cómo dolía!... ya procurábamos estudiar y esforzarnos para que no nos lo dieran.

Hoy, desde la lejanía de los años, agradezco aquella disciplina, todas estas cosas que parecen irrelevantes y hasta crueles a ojos de muchos; para nosotras no lo eran. Nos enseñaban a esforzarnos, a competir, a superar las dificultades con nuestro propio empeño, ya que no podías llegar a casa lloriqueando, pues los padres siempre daban la razón al maestro. Jamás me paré a pensar que aquel palmetazo que me dio la maestra me angustiara, ni por ello me sentí estresada ni minusvalorada; al contrario, me levantaba la moral, o mejor dicho, el amor propio, para competir conmigo misma y poder ser la mejor de la escuela.

No teníamos televisión, ni siquiera radio. Pasábamos las horas, cuando no podíamos salir a la calle por lluvia o nieve, reuniéndonos en distintas casas; jamás nos sentíamos extraños en ninguna de ellas, nos disfrazábamos con la ropa de nuestros antepasados que olía a naftalina; nos producía algún que otro estornudo, pero no pasaba de eso.

Ayer

Llovía, recuerdo inusitado
de aquellos bellos días,
de una infancia dorada
en aquel pueblo blanco
de mi chica patria amada.

El invierno era hermoso
y en torno a la hoguera
mi padre y mi tío
nos contaban historias
de bandidos y guerras.

¡Qué hermosa era,
la vida hogareña!
Pasaban los días
como por encanto,
largas y oscuras
las noches de invierno,
con la lluvia en el patio azotando.

Y algún día, al ir a la escuela,
con las ascuas en lata brillando,
me encontraba las calles vestidas
con un manto blanco.

Qué ilusión el pisar en la nieve
qué crujiente mi pie iba estrenando
y aquel aire tan puro y limpio,
juguetón en la cara azotando.

Guirigay de chiquillos
jugando y saltando.
Impacientes y helados de frío,
en una gran fila
al portón de la escuela empujando.

De recuerdos el alma está llena.
Con mi pluma están escapando
por el largo y feliz recorrido
en el que mi mente se está recreando.

Inocencia perdida, amigos lejanos
¿dónde está aquella niña traviesa
que su pie sacudía en los charcos?

Y aquellos veranos
tan desnudos y llenos de espigas,
la chicharra y el grillo cantando
y el olor a la paja y al trigo
que en la era se estaba hacinando.

Aún recuerdo esas noches,
todo el cielo de estrellas brillando
y mis ojos hundidos en ellas
una a una las iba contando.

¡Qué bonita estaba la luna
con la sombra del árbol jugando!
y la gente sentada a la puerta,
la lechuza en la torre mirando
y las mozas... que alegres reían
cuando el mozo pasaba cantando.

Recuerdo tus casas,
tu torre, tus campos,
esas calles desiertas de luces
con la luna llevándote en brazos.

Qué paz, qué sosiego
recordar esos años pasados.
¡Oh vida sencilla
de mi pueblo amado!

Plaza Mayor de San Carlos del Valle, construida en los primeros años del siglo XVIII. Este edificio porticado castellano con galerías de madera fue declarado Bien de Interés Cultural en 1993.

7. La carta

Mis padres se preocuparon mucho por nuestra educación, que en aquellos tiempos no era muy habitual. Todos los días asistíamos a clases particulares que se pagaban en pesetas y en regalos que llevábamos a los maestros, como huevos, pan o aceite. Lo agradecían enormemente, pues había un dicho en aquella época que decía: "Pasas más hambre que un maestro de escuela".

La escuela me gustaba, me encantaban las redacciones. En casa, muchas noches a la luz del candil o la vela, pues la luz eléctrica la cortaban a las doce, escribía cartas a amigas imaginarias, a cosas que veía y me sorprendían, o comentarios que escuchaba; y sobre todo leer, leer y leer.

Un día la maestra nos dijo que teníamos que escribir una carta a Su Excelencia El Jefe del Estado, Generalísimo Franco, felicitándole por no haber participado en el conflicto europeo —como se puede apreciar viví toda lo extensa época de la dictadura, pero en los pequeños pueblos no dábamos gran sentido a la política—.

Eligió a tres o cuatro de la clase, entre ellas a mí. A nuestra manera escribimos cada una nuestra carta y la enviamos a la dirección que correspondía. La sorpresa fue mayúscula cuando obtuvimos contestación mi compañera de pupitre y yo. Menuda la que se armó cuando recibimos la contestación de Franco dándonos las gracias. Increíble lo que aquello fue para nosotras, la primera carta que recibíamos a nuestro nombre, además nada menos que de Franco.

La historia de dicha carta tiene un final. Pasaron muchos años, ya estaba casada. Un día llegó un hermano de mi marido desde Ávila y no sé por qué, vio la carta, la leyó, la dobló, sacó su cartera y se la guardó. No supe más de la carta. Murió hace años, por lo tanto no puedo reclamar la carta que tanto fue comentada.

Creo que no falté nunca a clase, pues entonces no valía ese truco de "me duele la cabeza"; la madre te ponía la mano en la frente y rápido comprobaba que no tenías nada.

Formábamos una gran fila delante de la puerta hasta que llegaba la señora maestra; con frío o calor, con lluvia o nieve la fila no se movía hasta la llegada de la maestra; le dábamos los buenos días todas a la vez en voz alta y entrábamos.

Formábamos delante de la mesa, donde había un gran crucifijo y a cada lado un cuadro de Franco y otro de José Antonio. Luego rezábamos un padrenuestro.

—A sentarse—, decía la maestra. Ya en nuestro pupitre preparábamos el cuaderno, el lápiz y la enciclopedia, que no abríamos hasta que la señora maestra nos lo ordenaba.

Especial emoción sentías cuando te llamaba a leer en voz alta; era como actuar en un teatro; silencio absoluto, si te equivocabas veías a las demás riendo por lo bajo y eso te daba mucha rabia; levantabas la cabeza como diciendo "aquí te espero, amiga". Si un día te portabas mal el castigo era quedarte encerrada en la escuela sin ir a casa a comer; eso no nos disgustaba lo más mínimo, lo pasábamos de maravilla sin el control de la maestra y jugando, ya que nunca te quedabas sola.

Pero sí te fastidiaba que las demás niñas se rieran de ti, asomadas a la ventana. Siempre avisaban a tu madre, y alguno de los hermanos nos traía la comida que nos la daba por la

Reunión de amigas. Esta foto nos la hizo el típico fotógrafo ambulante que iba al pueblo una vez a la semana. Años cuarenta.

ventana; pero no te librabas de la regañina cuando a las cinco llegabas a casa.

—¡Que habrás hecho hoy para que te dejen encerrada, ya hablaré yo con la maestra!— te decía la madre con tono amenazante.

Los padres siempre daban la razón a los maestros. Ese truco de "nunca te crees lo que yo digo, siempre das la razón a la maestra" no te valía de nada; lo dicho, dicho estaba. Apreciaban lo difícil que era mantener la disciplina con tantos niños. La ratio no existía.

A clase iba todo el que quería, pero no todos en edad escolar acudían a clase; a algunos los ponían a trabajar, pues había padres que no se preocupaban mucho por la educación de sus hijos. Entre los maestros y los padres existía una relación de cariño, agradecimiento y respeto.

El jueves anterior al domingo de carnaval se celebraba el *Jueves de Comadres*. Para nosotros era un día grandioso. Nos vestían con falda larga, corpiño y pañuelo o chal cruzado y te considerabas la reina del mundo. Cuando ya estabas con tu falda larga muy bien peinadita y dispuesta para la gran fiesta, y con una cestita como la de Heidi llena de dulces y huevos, con mucho disimulo, tu madre te ponía en la mano un dinerito y un vale de cinco o diez panes —de aquellos redondos, blancos y tiernos—, regalos que llevábamos a la maestra.

Parecerá raro, pero en aquella época lo agradecían más que un perfume de Loewe.

El *Jueves de Comadres* era el carnaval de los niños. Vestidas, como dije anteriormente, pasábamos el día en la escuela, libre de sillas y mesas, jugando, cantando y sin ninguna tarea.

A la hora de la comida los maestros y maestras —pues era el día de estar todos juntos— nos obsequiaban con un menú que todos los años se repetía: carne con patatas y una naranja de postre. Si hacía buen tiempo ponían las mesas en la plaza y allí cada uno iba con su plato y cubierto —qué digo plato, cuchara y vaso, ni más ni menos—. Unas señoras voluntarias repartían la comida con muy buen humor, mientras los padres y demás observadores nos miraban y disfrutaban con el espectáculo.

El domingo siguiente empezaban los carnavales; estaba prohibido disfrazarse con la cara tapada, pero no por eso se renunciaba a la fiesta, los bailes y charangas.

Juerga y más juerga en la calle, caras medio tapadas con pañuelos y al grito de "no me conoces" se repartían abrazos prohibidos y palabras malsonantes.

Y si hablamos de carnavales, hay un personaje que es imprescindible mencionar. La llamábamos "La Pintá". Era la primera que salía disfrazada, y a la que seguían todos los niños del pueblo en esas fechas.

"La Pintá" era una mujer del pueblo que se dedicaba al estraperlo, aunque a un nivel muy modesto, pues lo que unos le vendían otros le compraban en aquellos años de hambre. También iba a limpiar algunas casas.

Le gustaba ir muy arreglada y ponerse tacones altos; tocaba las castañuelas cuando bailaba la jota manchega. Tenía poco pelo, y en unos carnavales le cortó a un burro los pelos de la cola para hacerse un moño. Tuvo cinco hijos y una niña que murió muy pronto. Ella murió con 93 años.

"La Pintá", la mujer que salía la primera en todos los carnavales, a la cual seguían todos los niños con sus canciones y bailes. Fotografía cedida por su nieta Pepa Manzanares.

Otra imagen de "La Pintá" rodeada de niños disfrazados en los carnavales. Fotografía cedida por Pepa Manzanares.

8. La Navidad

¡Bendita inocencia la de la infancia! cuando todo es vida sin obstáculos, sin el runrún de las dudas y preocupaciones; cantos, aventuras e imágenes ilustradas en nuestro limpio cerebro.

Llegaba la Navidad. Lo más celebrado era la Misa del Gallo; nada se celebraba hasta que salíamos de esa misa después de la media noche —quiero aclarar que me estoy refiriendo a las costumbres de mi pueblo, y según yo lo viví—. Después nos reuníamos y preparábamos una gran cena, normalmente entre amigas o amigos, aunque los chicos siempre estaban con la música típica de aquella noche, como la zambomba y la pandereta; se acercaban a darnos la murga, y la fiesta se alargaba toda la noche.

La noche de Reyes Magos era la gran noche de la ilusión. No había cabalgata, no nos tiraban caramelos, ni confeti, no teníamos el buzón de cartas. Los padres se encargaban de darles las cartas. No brillaban guirnaldas de bonitos colores, no corríamos a ver a los pajes con sus majestuosas vestimentas; por nuestras calles embarradas solo desfilábamos niños con sanas y libres ilusiones.

Las carrozas no las conocíamos. El Corte Inglés, los grandes bancos, los grandes almacenes y empresas ignoraban a los niños de los pueblos, que lenta, muy lentamente empezaban a asomarse a la boca del túnel para ver un resplandor al final.

¡Qué torrente de ilusiones bañaba nuestro cerebro! No necesitábamos otra cosa. Sentados en el suelo mirábamos al cielo y veíamos el trineo de los Reyes con grandes alforjas cargadas de regalos que dejarían caer por la chimenea donde

poníamos los zapatos limpios, un vaso de agua y algún dulce para el camino.

¡La gran aventura de la imaginación! Era enorme esa inocente ilusión, porque para muchos de aquellos niños sería el único regalo que recibirían a lo largo del año.

Con estas historias te acurrucabas en la cama con la cabeza arropada de ilusiones, te parecía oír las pisadas de los caballos sobre el tejado de tu habitación. Fue para mí una mágica noche de Reyes cuando sólo tenia cuatro años.

Vivía con nosotros un hermano de mi padre, que al morir la abuela se quedó solo. Tenía dos hermanas, pero se fue a vivir con nosotros, quizá porque eran los más pequeños y estaban más unidos. Aquella noche de Reyes que recuerdo con emoción, estaban en casa mis tíos Teresa y Carmelo y sus hijos, que ya eran mayores; también un matrimonio amigo que no faltaban ni una sola noche a la tertulia familiar.

Todos gastaban bromas sobre los Reyes Magos, y ponían en duda lo que me traerían, pues nos conformábamos con cualquier cosa; naturalmente yo temblaba de emoción, porque además me hacían escuchar los pasos de los Reyes en el tejado de la casa.

Entre bromas y risas se oyó una voz —a la vez que dulce, fuerte y segura— "Soy el Rey Melchor y vengo a dejar unos regalos para una niña que se llama Mariana". Debí palidecer, temblar, llorar, reír. Pero me quedaba lo más fuerte; un paquete colgado de una cuerda bajaba por la chimenea, a la vez que aquella voz potente repetía mi nombre. Mi madre me decía al oído: "da las gracias al Rey, que si no lo haces no te traerá más regalos". Mi pequeño cuerpo temblaba, miraba aquel envoltorio bajando por la chimenea y con la voz un poco gritona, le

daba las gracias a ese Rey que no veía pero me imaginaba con una gran barba y una corona de oro y estrellas. Ese Rey, como os podéis figurar, era mi tío.

Disfruté de mil fantasías al ser la más pequeña por parte de la familia de mi padre. Tengo recuerdos solapados a los que animo a emerger para mi deleite y para que vayan apareciendo en esa gigantesca pantalla que en ese agrietado agujero me hizo viajar a ese ayer que sigue vivo después de que los caminos recorridos no los haya borrado la devastadora tormenta del tiempo.

No, no es un sueño, era la sorpresa de un domingo carnavalesco. Unas primas, de las que una de ellas era la novia de un chico que tenía una pastelería, por lo cual no les faltaban nunca los caramelos y golosinas, tuvieron la santa paciencia de guardar los papeles más bonitos y con ellos confeccionar un vestido para lucirlo con garbo —con seis añitos— aquel domingo inolvidable. ¿Cómo me sentí? Como la princesa de un cuento de hadas.

Fantástica mi actuación de princesa corriendo calle abajo con mi traje de brillantes papeles, calcetines blancos y zapatos de charol negro. No iba a participar en ningún concurso; seguro que corría para que mi abuela me viera y de paso me diera entre los besos una *pesetilla* para comprar las bolitas de anís que tanto me gustaban.

¡Cómo se disfrutaba con unos céntimos en la mano! Aunque la mayoría de las veces los encerrabas en una hucha que llamábamos alcancía, para el día de la fiesta grande.

Pequeñas cosas insignificantes, detalles que a mi generación nos fueron enseñando para el ahorro y la economía.

Fotografía de estudio que me hicieron en los años cuarenta.

9. La sencilla fidelidad

Mi padre era un hombre muy justo; siempre le pedían consejo cuando había un problema familiar o de cualquier otra índole, sobre todo en los temas de particiones entre hermanos o en las herencias, siempre tan complicadas. También presencié, de forma muy oscura, algún maltrato a mujeres, pero jamás un homicidio. A mi padre le llamaban Juez de paz.

Las tierras de cereales, viñas y olivos las tenían en manos del gañán. Él se encargaba de todo lo relacionado con el campo; era el que cuidaba de las mulas y el que dirigía todo.

Recuerdo de pequeña ver a aquel señor mayor al que llamábamos Hermano Charcos, que era el gañán, y que lo fue durante muchos, muchos años. Era un hombre pequeño de estatura, muy amable, muy respetuoso. Llegaba silenciosamente de madrugada, echaba pienso a las mulas, preparaba la lumbre en invierno, y su desayuno no se componía de café con leche y tostadas: eran las típicas gachas manchegas.

Apenas salía el sol preparaba los aperos y daba agua a las mulas en la pila de piedra que había al lado del pozo. Tiraba de una cuerda llamada cordel, que tenía un cubo enganchado al garrucho; al tirar del cordel se producía un desagradable chirriar. Y así extraía el agua para saciar la sed de aquellos grandes animales. Los unía al carro, colgaba la alforjilla (bolsa hecha de tela) en los barrotes del carro, pues en ella iba la comida de todo el día. Con ese paso lento del carro, cantando en tono bajo, marchaba a la finca que ese día tenía que labrar.

Carro típico de aquella época en el que el gañán se trasladaba del pueblo a la finca en la que tuviera que trabajar. Fotografía cedida por Luis Miguel García de Mora.

Dedico este poema a aquella persona, pequeña de estatura, que después de jubilado, cuando apenas podía andar, con su humilde bastón, o garrota salía al campo a coger el primer racimo de uvas maduras para llevármelas; él sabía que me gustaban. De mis recuerdos de infancia extraigo aquellos días en los que los campos se cubrían de nieve e impedían las tareas de labranza. Recuerdo aquella piel retostada, aquellas manos duras como rocas, al pie de la lumbre que ardía con rabia, preparando unas sencillas gachas entre el relinchar de las mulas. Mi homenaje a todos esos hombres cuya cultura era la complacencia y la gratitud.

El gañán

No se borró de mi alma
el sonar de aquella voz
rota, desgarrada, bronca,
manos de callos sembrada
y abrasadas por el sol.

Yo quiero, sencillamente,
como es sencillo mi amor
recordar en estos versos
aquel hombre que sirvió
en mi casa, en mi pueblo
y en la casa del mayor.

Era como el capitán
de un ejército sin voz,
el que dirigía humilde
las tierras de su señor.

El que cuidaba las mulas
como se cuida un halcón.
¡Ha llamado el gañán, madre,
abridle con precisión,
él viene a cuidar la herencia
que el abuelo nos dejó!

¡Cómo acaricia las mulas!
¡Cómo prepara el jergón
que sobre potro de piedra
noches muy largas durmió!

Yo quiero rendir honores
a ese hombre de corta voz,
de manos encallecidas
y de recio corazón.

Se calzaba con abarcas
que con gran destreza ató.
Me cogía de su mano
cuando su descanso halló
en días de lluvia y nieve
y a su lado me sentó.

Aún retengo en mi memoria
con entera precisión
los pasos de aquel gañán
antes que naciera el sol,
y aparejando las mulas
cantaba con débil voz.

Cuando pasado el invierno
la primavera vistió
los campos de sol y espigas,
y con su gran ilusión
le comentaba a su amo
con orgullo y emoción:
"lo mejor que hay en el campo
lo que este puño sembró".

Se regresaba cuando el sol se ponía; todos volvían a la misma hora, por la carretera y los caminos que llegaban al pueblo; eran caravanas de carros y mulas que producían un ruido tan familiar para todos. A veces las madres salían a la puerta y, como si fuera un ritual, decían:

—¡Niños a recogerse, que ya vienen los gañanes!

Cuando se acercaba la hora de la cena se aseaban en la palangana —nosotros la llamábamos *palancana*— con agua, jabón y en ocasiones unos trozos de trapo muy limpio que hacía las veces de toalla.

Muy repeinados y limpios se sentaban a cenar. Los más jóvenes se iban a la ronda. Así se decía cuando andaban detrás de alguna chica o tenían novia. Estos últimos marchaban a la puerta de la chica y para avisar que estaba allí producían algún ruido ya pactado, tosían o daban un golpecito en la puerta.

Se pasaban largas horas hablando y hablando, supongo que no faltaría alguna que otra caricia, pero siempre en el quicio de la puerta o en la ventana enrejada, ella dentro de casa y él en la calle; en las noches de invierno había que estar muy abrigado y a veces incluso con una manta, pues hacía

demasiado frío. El chico se marchaba silbando una canción o cantando en voz baja y ella cerraba la ventana y se metía en casa.

Quizá soñaban y añoraban que llegase un nuevo día para, al menos, cogerse las manos y mirarse. El amor es así de complejo, no todo es contacto carnal.

10. Las campanas

A esta generación de hoy, que tengo la suerte de conocer, les sonará lo que voy a decir al tantán de la selva.

Las campanas de la torre enviaban mensajes de todos los acontecimientos importantes con diferentes sonidos: para muertes, bodas, bautizos, llegadas de personas importantes, etc. Mensajes a todo un pueblo con el esfuerzo que suponía mover el badajo de esas enormes campanas, no tocando el botón de un mando en la mano, sino tirando de una cuerda, forzando todos los músculos del cuerpo.

Hoy por suerte, cogemos el mando, el móvil, y con un solo dedo, bien tumbado, sentado o corriendo, mandamos mensajes a cualquier parte del mundo; es el milagro de *WhatsApp*. Pues el mensaje sonoro de aquellas campanas también ponían en alerta a toda una población.

Desde mi ventana

Desde la oscuridad de mi ventana
he sentido el abrazo de esas torres,
es su sombra recuerdos de una infancia
que la vida suspendió su leve trote.

Miro a mi lado y sólo veo el vacío,
ese vacío que dejan las ausencias.
Mando con mi mirada una caricia
a esa cruz, que en piedra se dibuja,
lágrima viva que la piel me seca.

Es noche de silencios.
Duerme la paz fundida en tus altares,
duermen las piedras que elevan tu grandeza
lloran por tus rincones los recuerdos.
Llora mi corazón cuando se aleja.

Otro que traía las noticias era el pregonero, que por todas las esquinas, con su trompeta y su gran voz, anunciaba las resoluciones y pagos al ayuntamiento. Los vendedores ambulantes que habían llegado a la plaza también pregonaban a cuál de las tiendas llegaba el pescado fresco y la fruta.

Majestuosa imagen de las torres de la iglesia del Santo Cristo, hoy conocida como el pequeño Vaticano de La Mancha.

11. Caminando con ilusión

Todo estaba calculado y medido, el hermano mayor era el guardián de los más pequeños.

La costumbre es la ley. Por eso me correspondía obedecer la autoridad de mi hermano mayor; él controlaba mis salidas, los paseos con las amigas, las fiestas, si algún chico se me acercaba... Más de una vez me dio un cachete; tenía potestad porque así lo mandaba la costumbre. Conmigo fue mas rígido que mi padre, controlaba mis amistades y todos mis movimientos. Alguna vez me rebelé y me quejé a mis padres, pero... era lo que tocaba.

El descanso de los trabajadores era sólo el domingo, que se vivía a tope, lo mismo que el día de tu santo, no así el cumpleaños —preguntabas a muchas personas y no sabían cuantos años tenían—. Pero también era curioso, el santo del padre se celebraba a lo grande, no tanto el de la madre, que pasaba desapercibido; los nuestros los celebrábamos entre las amigas.

El día de San Pedro en mi casa se celebraba porque era el santo de mi padre y de mi hermano mayor. Se invitaba a los amigos, a las fuerzas vivas del pueblo: merienda, dulces, bebida y juerga para mayores y pequeños.

Cuando llegó la segunda generación, nietos y demás, ya era un día más familiar. Hoy los nietos lo recuerdan como uno de los días más anhelados de su infancia.

Mi hermano Pedro, con dos amigos, paseando con unas de las primeras bicicletas que llegaron al pueblo. Años cuarenta.

12. Dura supervivencia

Son largos los pasos que podía seguir para describir el día de la matanza, como muchos otros acontecimientos que se celebraban con ánimo de hermandad.

Los miedos de la posguerra no cesaron tan rápidamente como pretendíamos, seguían unidos a nuestra vida.

Mi pueblo está enclavado en un valle abrazado o rodeado por las estribaciones de los montes de Toledo. Entonces estaban muy poblados de maleza, matorrales, arbustos, retamas, tomillo, romero y de todas las clases de plantas y animales libres de la mano del hombre.

Entre toda esa hermosura de la naturaleza nos asustaban para que no nos acercásemos, pues decían que allí se escondían unos hombres armados y nos podían matar. Les llamaban maquis.

Estas y otras muchas más situaciones nos inducían al recogimiento y al miedo. Un miedo que los niños almacenábamos en nuestra corta capacidad comprensiva y permanecía ahí para fantasear con mil situaciones que luego no sucedían.

Recuerdo un día que se escaparon los presos que había en el calabozo. Eso para los niños de un pueblo era terrible; visto ahora y comparando puede parecer una leyenda o un cuento.

Los apresaban como simple castigo, pues según repaso en el rosario de mi memoria los tenían encerrados por insignificantes robos o raterías de poca importancia; pero acobardaban al personal.

El calabozo estaba en la misma casa del Ayuntamiento; mi amiga íntima era la hija del secretario; ellos tenían la vivienda

en la planta alta, de manera que para ir a su casa, antes de subir la escalera, pasábamos por delante de la puerta del calabozo, y siempre asomaba una cabeza por aquel ventanuco enrejado y pedía comida. Mirábamos de reojo y corríamos a la desesperada, con el corazón que se nos salía del pecho.

Había en el pueblo un personaje muy famoso; le llamábamos *Borro*, nunca supe cuál era su verdadero nombre. Le queríamos todos, era un raterillo que se metía en las casas para coger comida; no hacía nada, pero encontrarlo por sorpresa debajo de la mesa o metido en la despensa, como se lo encontró una hermana mía, te daba el susto de tu vida.

Es un relato verdaderamente triste; aún me parece verlo correr con las manos muy apretadas al pantalón sucio, raído, pero riendo y satisfecho porque ese día, a pesar de los escobazos que las mujeres la daban para sacarlo de la casa, podía comer, y lo más cruel es que reíamos estas enojadas actitudes.

Hoy todo esto se escapa a mi comprensión cuando tantos y tan horribles casos suceden en estos años de mi dilatada vida. Veo de lejos a un chaval inofensivo asustando a un pueblo por simples raterías empujadas por el hambre. Qué diferente lo encuentro todo; pienso detenidamente y comparo: ¿qué daño hacía cogiendo un poco de comida?

Unas frases mil veces repetida: "Cerrad bien las puerta no sea que pase *Borro*".

Aquellos años de la posguerra los recuerdo como una niña asustada, pero muy confiada en todo lo que me rodeaba.

Recuerdo las mujeres, jóvenes y mayores, que se reunían en casa de la modista. Transformaban los trajes o confeccionaban

Rústica pasarela alumbrada por el sol que se rompía en las paredes encaladas mientas la modista vigilaba cómo me quedaba el vestido. Años cincuenta.

el modelo que tenían en los *figurines*, una revista con todos los vestidos de moda que recibían las modistas. Cuando lo tenían más o menos confeccionado tenías que ir a la prueba. Y con el vestido puesto tenías que darte unos paseos —rústica pasarela— para ajustarlo con la mayor perfección.

Al sonido de máquinas y las bromas de unas y otras, siempre cargadas de picardía, se aliviaban los miedos, la escasez y las muchas preocupaciones.

¡Hala! A pasar un día en la sierra con nuestro transporte silencioso y cero contaminante. Consumo energético y aparcamiento gratis. La hierba se encargaba de todos los gastos. Eso sí, agradecía una caricia por su suave carroza. Yo soy la conductora del burrito. Finales de los años cuarenta.

13. Sensibilidad

Lentamente, con el paso de los años, empezaba todo a cambiar. Los miedos desaparecían, éramos libres en el sencillo camino de la ilusión. Los juegos, la fiesta en la calle, el corro, la comba, el cántico, la escuela... aprendizaje sencillo pero muy dirigido a lo que pedía la vida en aquellos momentos.

Fui muy tímida, demasiado responsable desde muy pequeña. Al ser la mayor de las hermanas, siempre se me pedía ser ejemplar.

Mi madre, mujer de recias costumbres, me decía que si yo me portaba bien, ellas seguirían mi ejemplo. Eso tal vez marcó en parte toda mi vida; siempre me esforcé en no cometer fallos, vivía preocupada por todo, me dolía el trabajo de mi madre, lo mucho que mi padre trabajaba.

En época de recolección recuerdo las largas madrugadas de mis hermanos y él cuando se les agotaba el tiempo para sacar la obra que necesariamente tenían que entregar.

Mi sensibilidad a los problemas ajenos era muy superior a los años de mi edad. Tal vez por eso siempre me decían que era una niña buena. Yo no lo creí así, pero sí es verdad que lloraba las desgracias ajenas, aunque mis múltiples travesuras pusieron mi vida en peligro, como cuando me tiré de un carruaje y me clavé la reja de un arado en la cabeza. Cosa normal de los juegos, en un pueblo eminentemente agrícola.

Todo era lento... nos parecía que tardaba mucho la llegada de la primavera con su explosión de hermosura, con el agua brotando entre los cerros y bajando a los arroyos del pueblo.

¡Cuántas caídas y baños nos dábamos con la inocente crueldad de los niños empujándonos unos a otros!

No conocíamos la lavadora. La colada, en época primaveral, se hacía en los arroyos. Muy de mañana, las jóvenes —y las no tanto— metían la ropa en grandes cestos o enrolladas como fardos, con el jabón que se hacía en casa y la merienda, pues normalmente se pasaba el día entero en la sierra. La ropa tendida entre romero, tomillo y retamos se impregnaba de ese salvaje perfume que ensanchaba los pulmones y se escondía hasta en el alma.

Se me vienen a la memoria las merenderas de porcelana o aluminio que ahora se les llama táper, donde se ponía la comida de todo el día.

Sentadas en las piedras de la sierra nos comíamos aquellos buenísimos chorizos hechos en casa, la tortilla, los pimientos fritos, el lomo de la orza, etc. Mientras tanto la ropa blanqueaba la sierra tendida al sol con su bañador de cielo.

Era hermoso pasar un día en la sierra en aquellas primaveras, los romeros en flor que perfumaban los caminos, las jaras pegajosas, las flores y mariposas blancas adornaban las estrechas sendas que cruzábamos para llegar al pueblo, el salvaje y embriagante perfume de la naturaleza virgen que el hombre respetaba.

Comida con amigos en las sierras de mi pueblo. Años cincuenta.

Merienda entre amigas en una vaguada. Años cincuenta.

14. Una idea feliz

Llegada la adolescencia, como les pasa a todos en todas las épocas, llegaron los descontentos y las rebeldías; aquel espacio se me quedaba pequeño, me protegía de estos desastres emocionales con la lectura.

Fui devoradora de libros, renunciaba a todo antes que a leer un libro. Leía novela, ensayo, teatro, poesía, historia, cuentos... que luego comentaba con las amigas y se nos pasaban las horas y los días como si viviéramos en un mundo distinto.

Un día tuvimos la feliz idea de formar un grupo de teatro ¡qué ilusión! Nos juntábamos todos los días a ensayar. Siempre me tocaba el papel más triste y emocionante. Si era un drama ponía tanto entusiasmo en lo que representaba que el salón se convertía en un valle de lágrimas.

Una de las obras, creo recordar, se llamaba *Santa Cecilia*. Tanto me metí en el papel, en el cual moría la tal santa, que el público pensó que había muerto de verdad. Mis padres, que estaban sentados en las primeras filas, siempre reservadas para los padres de las que actuábamos, el alcalde, el médico, el cura y demás autoridades, se asustaron tanto con mi actuación que subieron corriendo al escenario el médico y mis padres, para ver el resultado de aquella dramática escena.

Yo estaba oyendo la multitud de aplausos sin pensar que se había producido tal desasosiego y tan gran disgusto para mis padres; yo solo me sentía satisfecha de mi actuación.

Para asistir al teatro, tanto si actuábamos nosotras como si lo hacían aquellos otros que iban por los pueblos, que entonces

Vestida con el hábito de santa Cecilia al terminar la obra de teatro. Años cuarenta.

llamábamos titiriteros, tenías que llevar tu propia silla para poder sentarte. Lo mismo se hacía para un baile o para cualquier otro evento, pues el salón no disponía de asientos.

No sabíamos de política ni de malversación de fondos, ni de *eres*, ni de tráfico de influencias, ni de corrupción. Estábamos muy mal informados de esos temas. No quiero decir que no lo hubiese, pero vivíamos más despreocupados, sobre todo en los pueblos, donde las noticias llegaban tarde y mal.

De lo que sí estábamos muy enteradas era de la moda, las entonces Galerías Preciados nos mandaban muestras y revistas que solicitábamos por correo y nos llegaban a casa en pocos días.

Un amigo de mis padres, que era guarnicionero, iba a Madrid todos los meses a comprar material para su negocio, y nos informaba de cómo se vestían y se pintaban las señoritas de la capital. Estas informaciones las agarrábamos para, de alguna manera, imitarlas. ¿Cómo? Poniendo a trabajar la imaginación.

Un poco de Nivea mezclada con polvos para la cara, que tenían un rosa muy subido, lo convertíamos en maquillaje, que no conocíamos pero que nos parecía algo fantástico. No digo cómo preparábamos la sombra de ojos porque sería algo para estallar de risa, pero la imaginación nos llevaba hasta producir el milagro.

El resultado quedaba bien y estábamos la mar de guapas, y no penséis que estos mejunjes nos estropeaban la piel, nada de eso; ahora, a mi edad, muchas mujeres más jóvenes que yo me preguntan cuál es el secreto para conservar la piel tan bien.

Grupo de amigas. Yo estoy abajo a la derecha con un abrigo claro. Finales de los años cuarenta.

Reconozco que éramos muy cursis, pero no sería malo que volviera un poco de aquella cursilería.

No había piscina, ¡pues imaginación en marcha! En las huertas tenían albercas donde depositaban el agua para luego regar las plantas. La más grande era la del padre de una de mis amigas.

Nos hicimos unos bañadores muy recatados, tirantes anchos, poco escote, una poquita *pata* para no lucir todo el muslo, y por la noche nos íbamos a bañar en nuestra particular piscina. Lo malo fue cuando los padres se enteraron de que los chicos se subían a los arboles más próximos para vernos. Nuestro sueño se arruinó y aquel verano lo pasamos a secas. ¡Lo fría que estaba el agua! salía directamente de la noria, un chorro enorme que iba cayendo en nuestra inventada piscina.

Pero era un verdadero placer aquellas noches veraniegas, el cielo limpio y cristalino, las estrellas parecían descolgarse para llegar a la tierra, la luz de la luna filtraba sus rayos de luz con los árboles y parecía que se abrazaban para jugar al escondite de la noche, la serena templanza que recorría las calles y se pegaba en la piel como besos en el alma. Es una sensación que aún siento al recordarlo.

Llegó la moda del guateque. No sé cómo conseguimos aquel aparato que no recuerdo cómo se llamaba: gramófono, gramola o algo por el estilo. Los domingos por la tarde, al sonido de la música y las canciones de aquella caja cutre y malsonante, reunidas en la casa de cualquiera de nosotras, pasábamos las horas bailando como peonzas en aquellos patios de columnas y azulejos, decorados con hermosos cuadros y plantas bajo la atenta mirada de nuestras madres, ya que los padres se reunía

Viaje que hicimos unas amigas y yo a pasar un día en las Lagunas de Ruidera, cuando no había tanto turismo. Años cuarenta.

Comida con amigos en una casa de campo. Años cincuenta.

en el casino con los amigos para jugar a las cartas y tomarse una cerveza o el *zurra*, que no era ni más ni menos que lo que ahora llamamos limonada.

Infinidad de recuerdos que ahora hacen daño, pero no puedo asegurar hasta dónde llegaba el grado de infelicidad de aquella época que empezó a reponerse de la ruin situación en la que nos dejó la guerra.

Mi mochila va muy cargada por el paso de mi existencia; quiero aligerar su peso con este paseo que estoy dando por los caminos de una vida rural. Dosifico la descarga, sacando de ella recuerdos que duelen o sentimientos que alegren, sin perder la serenidad de aquella rutina, muchas veces alborotada por simples acontecimientos.

La llegada de los carromatos con los húngaros, la cabra, un orangután o un mono llenaban las calles con juegos y piruetas, en los que participaba todo el pueblo infantil y los más mayores. Aquello era como la llegada de una ópera.

Al refugio de un paredón instalaban sus carruajes, equipados con todo lo necesario para pasar unos días entre nosotros. El sonar de sus cantos, música y teatro alegraban los días que permanecían entre nosotros. Una de las veces nos alegró la llegada al mundo de un niño, motivo por el cual recibieron infinidad de regalos. Hubo bautizo comunitario en el que participamos todos.

De qué forma en una vida tan plana y ligera se buscaba la manera de tener unos días de sencillas emociones, salir adelante dejando a la espalda las grandes y pequeñas necesidades que las situaciones adversas te negaban.

No recuerdo rebelión contra nada ni contra nadie. Trabajo, conformidad, ilusiones y largas esperanzas.

Sé que alguien, tal vez muchos, dirán que no fue la vida como la cuento; quiero aclarar que mi guion es muy corto, simplemente está en el escaso perímetro de un pequeño pueblo manchego y recordado desde la distancia, tan ancha como el enorme recorrido de un sendero que visualizo a los ochenta y nueve años, que cargo sobre mis frágiles espaldas.

Fotografía de estudio, tal vez hecha en Manzanares. Años cincuenta.

Mi marido Agustín. Otra de esas fotografías que se enviaban por carta durante el noviazgo. Años cincuenta.

15. Al refugio de la lumbre

Los carnavales estaban prohibidos. Te podías disfrazar, pero no tapar la cara. Imposible narrar lo bien que lo pasábamos el pueblo en general: una falda larga, un corpiño, un delantal, un pañuelo a la cabeza y cuatro tonterías.

La gente salía a la calle impostando la voz, siempre gritona, y de casa en casa dando piruetas y diciendo "no me conoces, no me conoces, no me conoces". Si lo adivinabas soltaban la risa, se quitaban el pañuelo y se les invitaba a sentarse para obsequiarlas con los típicos dulces de la época. La copa de mistela o de anís no podía faltar.

Estas costumbres se han perdido, hoy todo es más espectáculo y más competitivo, todo a ver quién se lleva el primer premio. Sí, reconozco que es más bonito todo, pero estoy dando un recorrido a un pasado que las posteriores generaciones desconocen, y para mí es sin duda un recorrido muy placentero.

Me refugio otra vez en la nostalgia de mi vieja casa, en las noches de invierno, al suave calor de la lumbre, las tertulias divertidas, con la música de fondo que producía la lluvia sobre la capota de latón que había sobre la puerta.

No sonaba la radio ni la televisión. Pasábamos las horas sentados en cómodas sillas bajas en torno a la lumbre, o en las inquietas mecedoras que tanto nos gustaban a los niños por ese balanceo constante. Si tu hermano te quería hacer rabiar la empujaba con fuerza hasta verte en el suelo.

Hacíamos piruetas sobre el sofá, siempre adornado con vistosos cojines solo iluminados por la luz de un fuego

chispeante, como una tímida bengala que se escapaba por la chimenea. La entrada a la escuela era a las diez; por lo tanto nuestras horas de descanso eran más que suficientes.

Cocinar en la lumbre. Las sartenes de tres patas con las que hacíamos la caldereta, plato típico de La Mancha.

Prohibidos los carnavales, la gente salía con la murga y siempre detrás de "la Pintá". Años cincuenta. Foto cedida por Pepa Manzanares.

16. Las arquitectas del hogar

Continúo arrastrando mi mochila y descargando imágenes en blanco y negro, cual si fuese el *NODO* de un solemne acto que aparece troceado por una vida que pasará desapercibida en las páginas de una historia que no descansa en su recorrido. Se sumerge como un submarino hasta el fondo de las aguas para sacar a flote aquello que quedó oxidado en la profunda oscuridad de los mares.

Llevo el cuerpo cansado, llevo el peso del aire con olor a nostalgia, me empuja con su perfume de tierra, me abraza el pálido eco de palabras que siguen colgadas en los sonidos misteriosos de la nada.

Me alumbra la parpadeante mecha de un candil en la mano. El olor a barro donde se hunden muchos pies descalzos que siguen entre la niebla de las verdes llanuras de mi pasado.

Los años resbalaban en aquella tranquila monotonía. Las inquietudes por querer cambiar la rutina de la vida, empezaban a aflorar. Llegaban cosas de otros lugares, llegó la radio —un mundo mágico— las radionovelas, de las que no nos perdíamos ni un capítulo. Recuerdo *Cumbres borrascosas:* ¡cómo llorábamos... y cómo desmenuzábamos una por una todas las frases y escenas de aquellos actores, cogiendo lo que una y otra decía! Os aseguro que era como la repetición del capítulo.

¡Y el fútbol! Qué os diría de las tardes de fútbol radiadas. Grandes y pequeños, mujeres y hombres, todos en silencio oyendo aquella voz potente del inolvidable Matías Prats, y las disputas por aquellos grandes jugadores como Gento, Zarra...

Y me suena otro como Gaínza. Yo no soy aficionada al fútbol, no me gusta, pero reconozco que en aquella época tenía mis favoritos.

A las seis de la mañana empezaban a oírse los carros camino del trabajo. Unos cantaban al compás del rodar de las ruedas, otros dormitaban, y después de ellos el pueblo quedaba en silencio. Pasadas algunas horas las chimeneas empezaban a emanar ese olor a paja quemada y cepas ardiendo, a los sarmientos que muchas veces parecían llorar cuando arrancaban la explosión del fuego. Se despertaba el inconfundible olor a pueblo.

La luz del día iluminaba la casa. Percibo la voz de mi madre abriendo ventanas y corriendo cortinas; nos despertaba dando palmadas y, si nos resistíamos, nos levantaba la ropa de la cama hasta los pies donde quedábamos hechos un gurruño y restregándonos los ojos. Siempre la misma queja: "déjame otro rato que tengo mucho sueño".

Ironías de la vida, ahora nadie me obliga a salir de la cama, pero me falta sueño y no puedo permanecer en ella.

Las mujeres con la escoba debajo del brazo empezaban su charla ¿murmurando?... ¡nooo, lo más común de los mortales!

— ¿Qué tiempo tenemos hoy?

— Parece que va a hacer bueno.

— Qué mala noche ha pasado mi hijo con el dichoso dolor de oídos y la tos perruna que no se le quita con nada.

— Pues mi Juanito ha *gomitao* dos veces, pero como yo le digo, si es que comes como una lima rota, hijo mío.

Comentando dolores, insomnios, vómitos y pesadillas se saludaban el día las arquitectas del hogar.

Los hombres, con el cigarro en la boca y saboreando todavía un suculento desayuno —le llamábamos almuerzo—, se reunían en la fragua y en el taller de mi padre, unos para hacer un encargo y otros para pasar la mañana.

— Buenos días maestro —le llamaban así a mi padre—, hermoso día; si sigue así el tiempo este año tendremos buena cosecha.

— Así será, amigo, ya va siendo hora de que el campo nos dé un respiro— le contestaba él sin dejar su trabajo mientras atendía a los visitantes.

Iban llegando como un goteo los que no tenían nada que hacer; se sentaban en los troncos de madera que, más o menos, el maestro tenía preparados.

Unos con la boina en la cabeza, otros —los más señoritos— con el sombrero; unos con su pantalón de pana y el jersey de lana gorda que le hacía su madre o su esposa; otros con el traje de buen corte que le confeccionaba el sastre.

Pero todos pasaban las horas en animada conversación, mientras los que trabajaban —sin dejar su tarea— participaban y se sentaban a ratos con ellos para fumarse un cigarro.

Así, del trabajo a casa, del campo al pueblo, sin tener unas vacaciones ni conocer del mundo más allá de los pueblos que les rodeaban, pasaron años y muchos pasaron la vida entera.

Los viajes a los pueblos más grandes, donde comprábamos la ropa, calzado y demás necesidades que en el nuestro no teníamos se hacían en carro. La calefacción en invierno era un ladrillo que pasaba toda la noche al rescoldo de la lumbre, y envuelto en trapos y papel nos mantenía los pies calientes durante el trayecto. Si el viaje se hacía en tartana al menos

nos protegía del aire. Salíamos muy de madrugada para llegar a la hora de la apertura del comercio. Nuestro pueblo preferido era Valdepeñas, estaba muy cerca y pasábamos el día recorriendo todas las tiendas y comercios. Nos dejaba en la posada de una señora que vestía de negro y lucía una piel blanca y lustrosa, con una hija que le ayudaba en sus tareas, admirada por su desenvoltura y belleza, —no sé por qué la hija de la posadera siempre era guapa—; sería el reclamo para atraer a los viajeros.

Un adelantado tuvo la feliz idea de comprar una vieja y destartalada camioneta a modo de taxi. La mayor parte de las veces hacía una parada en el camino por el pinchazo de una rueda, o porque le daba la gana de descansar. Aquello fue como la llegada del AVE. Ese viejo trasto nos llevaba en menos tiempo y con un poco más de comodidad. Cuando llegábamos no nos daban la hora de vuelta, solo decían: cuando terminéis la compra estamos aquí.

Según íbamos llegando con nuestros paquetes se preparaba el regreso, que era largo y lento, aunque la distancia era corta. Un viaje pesado e incómodo pero satisfactorio, y no digo nada cuando la compra era para el ajuar de la novia que se iba a casar en breve.

Era toda una ceremonia. Cuando llegabas a casa desenvolvías los paquetes con esa ilusión que sólo manifiesta la gente sencilla. Sobre la mesa de la mejor habitación de la casa se colocaban con mimo aquellos enseres comprados en el incómodo viaje que acabo de relatar.

Siempre le tocaba a la más pequeña de la familia; la madre la mandaba avisar a todas las vecinas y amistades para que

fueran a ver lo que habían comprado para el ajuar de su hermana. Todas alardeaban de lo bonito que era todo, pero no faltaba la que ponía faltas, siempre las hubo; apenas cruzaba el umbral de la puerta, y en tono bajo, agarrada al brazo de la que estaba más cerca, sacaba defectos o indagaba en lo que se habrían gastado. Con gesto de desdén, mirando al cielo, como si de allí pudiera caer la maldición de los dioses, seguía con su retahíla.

— Ya sabemos todos que su padre tiene un buen pasar, pero el día de mañana... no sabemos lo que puede pasar, son muchos hermanos a repartir.

— En eso llevas razón— agregaba la otra —pero ya sabes tú el pique de las dos cuñadas, si una se compra un traje de chaqueta, la otra *pa* no ser menos, chaqueta y chaquetón.

Bla, bla, bla... hasta que llegaban a su casa.

Se valoraba mucho saber leer y escribir, pues muchos mayores y sobre todo las mujeres, no sabían. Cuando yo apenas tenía diez años era una niña, y muy niña. Ahora con esa edad ya se consideran mujeres, algo que me da pena, pues la infancia es el recorrido más bonito de la vida del ser humano, y de hecho es lo que más se recuerda cuando eres mayor.

Aprendí a leer siendo muy pequeña, a los cuatro años ya leía bien. Entonces eso era un logro y tal vez me hizo daño en algunos momentos.

Una mujer, con la que teníamos gran amistad, agonizaba. Su familia pidió a mis padres que, como yo sabía leer, fuese a leerle el *Ayudar a bien morir.* Tenía yo entonces diez años, me dieron ese libro y me puse a leerlo al lado de la señora moribunda, viendo la pena y emoción de los allí presentes que

entre lágrimas respondían: “Perdónale Señor”. Nadie se daba cuenta de cómo me temblaban las piernas y de la congoja que me arañaba la garganta. Por supuesto aquella noche no dormía.

Sentía el runrún de aquel ambiente oscuro, triste, negro, con la luz de las velas oscilando y produciendo sombras en aquella cama vestida de encajes por donde asomaba una moribunda cabeza que no me atreví a mirar.

Sentí el agradecimiento, el tranquilo consuelo de la familia por aquel sencillo acto, inquietante para mí pero tranquilizador para los que en esos momentos, pensando en el más allá, deseaban para ella el mejor lugar.

17. El libro entre el bastidor

Tuve una infancia hermosa, una juventud ilusionante, soñando siempre con una vida idílica como esas que se leían en las novelas, las cuales fueron siempre mi refugio en los días monótonos y aburridos que me correspondía pasar.

Inclinada la cabeza en el bastidor al pie de los cristales de la ventana, cogía el libro escondido para, cuando cerraban la puerta, poder continuar leyendo y leyendo, mientras realizaba esos maravillosos bordados, que ahora duermen en el cajón del armario, amarillentos, y que tal vez sientan aún el pinchazo cruel de la aguja que continuamente los atravesaba.

— ¿ Cual es la que mejor borda?—

— ¿La que hace más limpio el *frivolité*, el encaje de bolillos, la vainica, el *filtiré*... o un zurcido que parecía no habían tocado manos en él?

Eran muchas las preguntas que las mujeres se hacían sentadas a la puerta mostrando con orgullo las labores de sus hijas. No dudo que esto producía admiración en unas e indiferencia en otras, aunque para mí todas estas cosas no tenían mucha importancia. Pero así era, así lo tengo en mi mente y así se visibiliza en la pantalla de mis recuerdos.

¿El móvil? —me río— en el bolsillo del delantal era sustituido por un trozo de pañuelo blanco con el que limpiar la nariz y las heridas de la rodilla del niño que se cayó corriendo. No, no sonaba el móvil que avisaba a su madre, eran los compañeros de juego los que corrían a dar la noticia. ¿Dónde estaba el

ordenador para mandar mensajes? Todas las noticias corrían como la pólvora.

Una chica sin familia alguna iba por la calle de casa en casa. Eso se rumoreaba como casi todo lo que sucedía en el pueblo o pueblos limítrofes. Esa chica vivía de lo que unos y otros le daban, muchas veces haciendo de recadera. Era la persona más querida del pueblo. Los niños, los jóvenes o mayores, todos le gastaban bromas o chanzas, pero ella seguía su camino con la cabeza agachada hablando sola o lamentándose de sus dolores. Mi madre tenía la costumbre de dejar un plato de comida porque sabía que en cualquier momento llegaría La Jorja para comer. Tenía una memoria impresionante, sabía el nombre de todos los del pueblo, incluyendo los que estaban casados o casadas de otros pueblos.

Suerte que no existía la papelera de reciclaje, y ahora encuentro en el *blog* del pasado aquel niño que se arrastraba por el suelo porque le faltaba una pierna. Jugaba con los demás, pero siempre les adelantaba corriendo. Llevaba una garrota en la mano y con ella enganchaba las piernas a las chicas.

Nunca nadie se reía de él, era uno de tantos. ¿Qué sería de este pobre chico con la rodilla encallecida, dura como una piedra? Arañaban sus piernas la tierra y el barro de aquellas calles por donde sólo pasaban carruajes, mulas y ovejas, dejando a su paso millones de microbios y bacterias, de las cuales ni siquiera se conocían sus nombres.

Aquel pequeño cuerpo arrastrándose por el suelo no se privó nunca de seguir los juegos de los demás.

Sería atrevido dar a estos casos una respuesta, no puedo mirar a la bolita mágica para que ella haga realidad mi deseo. Son recuerdos que, de vez en cuando, se agrupan cual imágenes vivas que van y vienen como las golondrinas.

Aquel famoso Mariano —mi tocayo— que pedía un poco de *pringue* para hacerse unas gachas, que cargaba en sus casi desnudas espaldas la leña que arrancaba de la sierra, el que cargaba a su espalda los *malvecinos* para quemar la piel de los cerdos cuando se les mataba, solo se conformaba con que le dieran un trozo de tocino. Vivía en una mísera casucha pequeña y medio derruida en la falda de la sierra. Tenía un hijo, y a pesar de su mísera vida —comentaban — tenía guardadas cuando murió unas monedas para su hijo.

Aquellas personas tenían el valor de la conformada humildad, eran muy queridas por el pueblo y en caso de necesidad siempre tenían el apoyo de sus vecinos. Más de una vez nos mandaban nuestras madres a llevar comida a Mariano porque se enteraron de que estaba enfermo, ¡emocionante lo que era la solidaridad de los pueblos!

Siento una envidiosa añoranza de aquella generosa actitud, de la paz y el gran sentido de fraternidad. Aquel deambular solitario por las calles, el silencio de las noches que solo rompía el ladrido del perro callejero, el sonar del reloj de la torre, el despertar con el olor a lumbre y a café de puchero que ya tenían pegado al fuego, el cazo de la leche hirviendo resbalando por sus bordes.

Percibo aún el sabor de las rebanadas de pan frito que en enormes tazones ibas mojando al arrullo del chisporroteo de la leña con olor a pámpana y resina. Percibo el olor a hierba,

Dibujo del niño David Martínez Navas. Representa a un conocido en el pueblo, Mariano, con su leña al hombro, un hacha y su humilde casa. Es de noche, con luna llena y estrellas. Es la segunda vez que David participa ilustrando con sus dibujos mis libros. La primera fue en "Versos en la niebla". Como siempre dice su madre Joanna, cuando se le da una oportunidad al autismo ocurren cosas maravillosas.

al agua de la noria con aquel mulo con los ojos tapados que daba vueltas y descargaba los cangilones para seguir el reguero que tenían abierto para repartir el agua por los surcos del huerto. No me gustaba cuando la chimenea echaba humo y nos hacía llorar; decían que cambiaba el viento y no le dejaba salir, para arrastrarse al suelo y dejarnos su olor y lagrimeo. Era como niebla oscura con olor a invierno.

Pegado llevo a mi diminuto cuerpo de niña, el intenso frío que nos hacía correr y correr para combatirlo, y así continuar en la calle jugando hasta oír el reclamo de la madre o el hermano que te recordaba la hora.

La niña que jugaba y jugaba, que corría por la sierra saltando entre el tomillo, que desgranaba las espigas tiernas de trigo y cebada, que deshojaba margaritas, preguntándoles inocentes chiquilladas para satisfacer su curiosidad infantil. Todo se fue transformando con el paso de los años.

La inquieta vida nada deja parado. Así se iban cambiando los juegos por sensatas charlas al calor del brasero, o nos abrazábamos a un árbol viendo caer las hojas muertas en los días otoñales.

Recuerdo los paseos de una parte a otra de la plaza después de hacer la visita al Santísimo; muchas veces servía de excusa para encontrarte con la amiga, cruzar una mirada, decir un simple adiós, o ver al chico que te pretendía.

Cuando mi abuela materna vivía, muchas veces, después del paseo, me iba con ella durante un buen rato. Le preparaba la cena en la cocina, abarrotada de cuadros de santos y fotografías en las paredes. Me quedaba embelesaba mirando

la vitrina de la pared con la hermosa vajilla y todo lo que guardaba entre aquellos cristales.

A los lados de la chimenea tenía dos grandes cuadros de los reyes Alfonso XII y la reina Mercedes, por lo cual ahora deduzco que mi abuela era monárquica; una cosa que en aquella época no me preocupaba; nunca me paré a pensar por qué aquellos cuadros presidían el cálido ambiente de la hermosa cocina. La verdad es que eran preciosos, y muchas veces los nietos los mirábamos con admiración.

Era una mujer de carácter fuerte, ejemplar, luchadora, decidida, madre de ocho hijos y viuda con menos de cuarenta años.

Trabajó como una leona como tantas mujeres que no fueron reconocidas ni recibieron un triste aplauso por su gran valía; nadie agradecía el gran mérito de aquellas mujeres. Supo mantener y superar con mucho lo que su marido, además de los ocho hijos, le dejó. La recuerdo dando órdenes a los que trabajaban en su casa y percibo como un sueño el olor a la bodega con aquellos tinajones de vino y alcohol que allí se fabricaban.

Fue muy querida y respetada por todos, amante de hacer favores y de ayudar a los más necesitados.

Vestía una falda larga que tenía en el lado derecho una bolsita atada a la cintura que le llamaban faltriquera, en la que llevaba las monedas. El chal lo llevaba cruzado al pecho, las medias de lana, la cabeza con moño siempre peinado. Se sentaba en la mecedora como una reina en su trono. Caminaba con un bastón de forja muy brillante; a mí me parecía de plata, pero el ruido que producía al caminar lo delataba.

Mi abuela Gabriela, a la que llamábamos "la polaca", aunque no por ser de Polonia. Es la auténtica "mujer manchega" del poema de Antonio Machado. Una mujer excepcional.

De mis abuelos paternos tengo un recuerdo muy vago; solo tengo la imagen de verlos muy viejecitos. Sí me acuerdo que bajando la escalera de su casa había una adelfa preciosa, y desde arriba mi abuela me decía que no tocara las flores, que me producirían picores.

Tengo recuerdo, muy escondido en un oscuro rincón de mi mente, de ver a mi padre llorar al lado de su cadáver, algo que me impactó. Un recuerdo muy poco agradable.

Mi abuela paterna, Mariana, a la que conocí ya muy viejecita. No tengo muchos recuerdos de ella. Finales del siglo XIX.

Mi abuelo paterno Pedro, del que apenas tengo recuerdos, ya que murió siendo yo muy pequeña.

18. Mis poesías las consumía el fuego

Transcurrían los años, y con ellos iba apareciendo un mundo descolocado y roto para mis ambiciones.

Empecé a escribir para saciar la necesidad que sentía de sacar mis sentimientos ocultos, atados al sistema que heredaba de anteriores generaciones.

Guardaba un montón de poesías y relatos, y los leía muchas veces; terminaba depositándolos en el fugaz archivo de la chimenea.

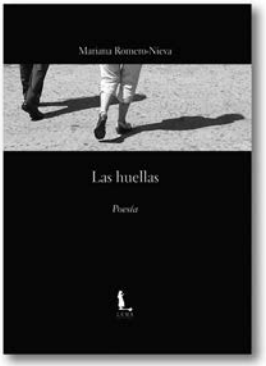
No, no era normal que la mujer dedicase su vida a la poesía; no digo con eso que lo tuviera prohibido, pero el peso de la costumbre, de lo habitual y de lo que te rodeaba no te animaba a salirte de la regla. Sí debo decir que los que conocían lo que escribía lo admiraban.

En ese aspecto, pese a mi poca decisión, me conformaba con el aplauso de mi entorno, de mis lecturas íntimas y de no sentirme enclaustrada en un mundo que me oprimía, dejándome la estéril libertad en la cima de una montaña para desnudar mis quejas, que solo escuchaba el viento.

Apaciguaron mis ansias de letras las representaciones teatrales. Fue como el descubrimiento de un nuevo mundo. De niña mi padre me sentaba en sus rodillas y me leía poesías; para mí aquello tenía un sonido mágico.

Cuando los años pasaron, representar papeles poéticos en un escenario era el mayor lujo emocional que yo podía vivir.

— ¡Qué bien representaste el papel!



Mis libros publicados hasta la fecha.

Vestida para el Don Juan Tenorio *de Zorrilla en las representaciones que hacíamos en el pueblo. Finales de los años cuarenta.*

—¡Cuánto me gustó!

—¡Me hiciste llorar! —¡Tenías que dedicarte al teatro!

Esos eran los parabienes de la gente del pueblo, que expresaban y recibían la cultura comprimida y dosificada a través de esas cosas, de los tebeos, de pequeñas revistas de teatros y cantantes que llegaban en carreta y que eran recibidas con gran expectación.

Qué extraño; a la vez qué emotivo me parece todo a estas alturas de la vida, pero a pesar de ello, tenía para nosotros un gran encanto.

Los viejos moldes empezaban a romperse, todo se fue transformando. Las parejas tenían mas libertad, los padres ya toleraban ciertas actitudes cariñosas, aunque siempre decían: "sin pasarse de la raya".

Empezaron a perderse costumbres y expresiones en el lenguaje. Los *buenos días nos dé Dios* por un *hola*, el *que Dios te lo pague* por *gracias*, el *quién vive en esta santa casa* por *soy yo*, el *que Dios te bendiga hermano* por *este tío* o el llegar a una casa diciendo *Ave María Purísima*, para recibir la contestación *Sin pecado concebida.* O el *¿Se puede pasar a esta santa casa? —Si la puerta está abierta serás bien recibido.*

¡Y esas canciones de niñas, jugando al corro en la calle! Me produce emoción recordar aquellas letrillas, los imparables movimientos, los abrazos cuando se agotaban las fuerzas de los pequeños cuerpos infantiles.

Canción de corro

Esa niña que ahí en medio
se le ha caído el volante
y no lo quiere coger,
porque está el novio delante.
Halara lara la chin
Halara lara la chin.

Ese novio que tú tienes
ese novio te lo quito
y me divierto con él
como si fuera un perrito.
Halara lara la chin
Halara lara la chin.

Ese que va por ahí
no le pega la corbata
que lo que le pega
es el rabo de mi gata.
Halara lara la chin
Halara lara la chin.

Si esta calle fuera mía
la mandaría empedrar
con naranjas y limones
y en cada esquina un rosal.

¡Uuuh… qué es ese ruidito
Que anda por ahí

ni de día ni de noche
nos deja de dormir!

Somos las estudiantinas,
que venimos a estudiar
con la capita de oro
y la Virgen del Pilar.

Con un pañuelo de oro
otro de oro y plata,
que se quite, que se quite,
la de la puerta falsa.

Saltando con la comba

La mujer de don Cándido mándido
chupiticándido, tiene una mona,
que le agarra del rabo,
cándido mándido,
chupiticándido, y le hace que corra.

Por la carretera sube,
quién sube, quién sube,
Perico con su farol,
farool farol,
en busca de los civiles,
civiles, civiles
que en su casa hay un ladrón.
¡Ladróon, ladróon!

Al corro

Al levantar una lancha
una jardinera vi
regando sus lindas flores
y al momento la seguí.

Yo le dije, jardinera,
tú que entraste
en el jardín del amor,
de las flores que regaste
dime cuál es la mejor.

La mejor es una rosa
que se viste de color,
del color que se le antoja
y verde hecha la hoja.

Tres hojitas tiene verdes
y las demás encarnadas,
a ti te vengo a elegir
por ser la más resalada.

Muchas gracias, jardinera,
por el gusto que has tenido,
tantas niñas en el corro
y a mi sola has elegido.

La siguiente canción me la enseñó mi madre, y la cantábamos sentadas en el suelo en corro todas las niñas del barrio.

(Título desconocido)

Dónde vas niña bonita
tan tempranito al convento.
—Voy a confesarme padre
por los santos sacramentos

—¡Ay sí, sí! ¡Ay no, no!
tenga usted la bondad padre
de llamar al confesor.

—El confesor soy yo niña
por los hábitos que tengo
toda la vida fui fraile
la primera que confieso.

—¡Ay sí, sí! ¡Ay no, no!
dime tú niña bonita
dime tú la confesión.

Lo primero que me acuso
que no amo a Dios
solo por amar a un hombre
al que en mi vida mas quiero.

—¡Ay sí, sí! ¡Ay no, no!
sigue tú, niña bonita
sigue tú la confesión.

Lo segundo que me acuso
mi novio me pidió un beso
y como lo quiero tanto
no pude negarle eso.

—¡Ay sí, sí! ¡Ay no, no!
Sigue tú niña bonita,
sigue tú la confesión.

Lo tercero que me acuso
perdí a mi padre el respeto
solo por hablar con él
una palabra en secreto.

—¡Ay sí, sí! ¡Ay no, no!
Fíjate niña bonita,
fíjate en el confesor.

La niña que se ha dado cuenta
calló al suelo desmayada
al ver que el confesor era
El hombre que ella adoraba.

—¡Ay sí, sí! ¡Ay no, no!
A la semana siguiente
ya se casaron los dos.

Alegraban las calles estas canciones, pero la llegada de la modernidad las fue apartando; se iba perdiendo nuestra identidad en favor de aquella otra que tanto nos atraía. La novedad, la moda.

Se cambiaba la madera por el terrazo, el encalado por el *gotelé*, la enea por el *escay*, la típica cocina de leña por el butano, el puchero de barro por la olla a presión, los platos de porcelana por el *duralex*, las tertulias al calorcito de la lumbre por escuchar la radio y, más adelante, por ver la televisión.

Con todo esto llegó también el silencio. Poco a poco se fueron dejando las viejas costumbres y los hermosos sentimientos de un pueblo sencillo en el que se disfrutaba de la familia y la amistad, siempre desinteresada y noble. Empezamos a ver lo más bonito de lo moderno, pero no vimos que nos traía el aislamiento y el silencio.

Repaso hoy con la conciencia de la edad mis añejos sentimientos; todo eran sueños, sueños e ilusiones que me trasportaban a otros mundos que la imaginación pintaba de distinto colores.

Me sentía encerrada, prisionera en un mundo en el que yo no cabía; pensé muy seriamente en marcharme a unas misiones; me atraía fuertemente la idea de ayudar a los muy necesitados, pensaba que mi vida allí carecía de sentido, pero a la vez era incapaz de plantear a mis padres mis delirios, que sin lugar a dudas, eran fruto de la adolescencia.

19. Fuera peinados, fuera zapatos

Empezamos a cortarnos la manga —buena bronca me echó cuando me vio cierta persona con la manga, en verano, hasta el hombro—.

Cambiamos el bolsito de mano por el colgado al hombro, el tacón bajo por los altos, muy altos. Llegaron las gafas de sol, la pamela o el sombrero, y nos despojamos de aquellos velos negros como pequeñas mantillas que nos colocábamos en la cabeza para ir a la iglesia; muchos de ellos nos favorecían, pues eran realmente bonitos.

Galerías Preciados fue nuestro gran escaparate. Por medio de muestrarios, muy bien numerados, con precios y demás detalles, podíamos hacer las compras por correo; o sea, la compra por internet estaba ya medio inventada.

Por este medio obteníamos la barra de labios, el colorete, los polvos que daban un color más sonrosado a la cara —no olvido una especie de crema muy fluida que veía yo de pequeña a las chicas mayores; les quedaba la cara como de porcelana; se llamaba *Visnú* ¿alguien lo conoce?—, las telas para los vestidos; incluso toda clase de tejidos y utensilios para la casa. Todo lo adquiríamos por medio de Galerías Preciados.

Dejamos el peinado al que llamaban *Arriba España* por la cola de caballo y el ondulado, que te dejaba el pelo como un repollo. Era un martirio los tirones de pelo que te daban y aquel olor a amoniaco que te mareaba. Pero nos sentíamos bien porque eso era la moda, la que nos llegaba a través de todas aquellas revistas o de los figurines que recibía la modista del pueblo.

Anuncio de prensa de la época de cosméticos Visnú.

Llegaron los zapatos Gilda. Nos cruzábamos sus largas cintas hasta la rodilla; era un verdadero arte hasta que conseguías igualar las dos piernas. No digo nada de las medias de cristal porque aquello era un verdadero suplicio; se resbalaban por las piernas, o se torcía la costura y eso era un gran problema.

Fueron años hermosos, fuimos rompiendo moldes, soltando ataduras; nada nos importaba de lo que los demás dijeran, y en las fiestas, comidas o meriendas en el campo, nos permitían la compañía de chicos, casi siempre con el hermano y los amigos; eso para los padres era muy tranquilizador.

Reunión de amigas preparadas para ir a una fiesta. Yo soy la más jovencilla, detrás a la derecha. La tercera por la derecha, de pie, al cabo de los años fue mi cuñada, Teresa, que se casó con mi hermano Pedro. Finales de los años cuarenta.

Típica fotografía de estudio que se adjuntaba a una carta y se enviaba al novio cuando se estaba separado de él por el trabajo. Era el único medio de contacto. Principios de los años cincuenta.

Mi primer viaje a Madrid fue con dieciocho años; ya no era la niña tímida de antes: había cambiado mucho, y aquella salida fue un respiro para mis inquietudes.

Estuve seis meses con la llamada entonces *Sección Femenina* en la Escuela de Mandos Hermanas Soria, situada en Ciudad Lineal. Era un sitio precioso, y a pesar de lo que ahora se censura tanto, aprendimos cosas que no llegaban a los pueblos: el amor al deporte, la gimnasia rítmica, que me encantaba.

Recibíamos formación e información en todos los aspectos del orden y valoración de nuestra condición de mujer. Como testigo personal de aquello solo puedo decir que no nos entrenaban para seguir simplemente el modelo de la mujer sometida al hombre, ni para otras cosas absurdas; ni nos entrenaron solo para los bailes regionales.

A las nueve de la mañana entrábamos en clase alumnas y profesores de todas las materias educativas. Recibíamos clase hasta la hora de la comida. Por la tarde teníamos gimnasia y descanso para salir cada una adonde quisiera. Esto es lo que yo viví en primera persona; no lo que se escuchaba por ahí.

Mi regreso de Madrid fue desolador. Mi familia quería ocultarme una gran tragedia que yo notaba en el ambiente. Y así era.

Una tarde, sentados en el fresco ambiente de aquel patio manchego —con ese olor a paja y cereales que se hacinaban en la era— en pleno verano, tiempo de recolección y vísperas de las fiestas, llegó un matrimonio amigo. Les invitamos a sentarse y a tomar algún refrigerio y les decían que sentían mucho lo que les había pasado. Yo les miré aterrorizada, y mi madre, que

estaba expectante, me miró con ojos de sorpresa y disgusto, y me dijo: "No te preocupes, hija; queríamos que pasaran unos días para decirte que un incendio ha destruido el taller de maderas; pero dentro de lo malo no hubo desgracias personales". Miré a mi padre y vi que los ojos los tenía llenos de lágrimas; le abracé y lloré con él, y acariciándome la cara me decía "No es nada", mientras me limpiaba las lágrimas con su pañuelo.

Sucedió de madrugada, me dijo. Un vecino nos dio el aviso. Cuando llegamos fue imposible detener el fuego; estábamos muy agradecidos a todo el pueblo, que con mucho esfuerzo colaboraron formando una cadena humana —entonces en el pueblo no había bomberos— con cubos de agua para intentar apagarlo; pero no se pudo hacer nada.

Los señores visitantes me decían que las campanas de la torre tocaron a fuego, poniendo a todo el pueblo en pie —me comentaba en tono bajo la señora—. Y por ellos pude descubrir aquel misterio que yo había intuido desde el momento de mi llegada.

Mi madre era una mujer fuerte. Le quitaba importancia a todo para que los demás no sufrieran; era capaz de los mayores sacrificios. La recuerdo siempre trabajando; se levantaba la primera y muy temprano hacía unas lumbres enormes, tan grandes que nos retirábamos a la mayor distancia para no quemarnos.

Hacía el desayuno, nos preparaba para ir a la escuela, nos ordenaba las habitaciones y una señora le hacía la colada y le ayudaba.

Era una mujer muy adelantada a su tiempo, muy permisiva en todo lo que representaba adelanto en todos los aspectos

Mi madre. Años veinte del siglo XX.

Fila de atrás de izquierda a derecha: mi madre, la maestra del pueblo y mi tía (hermana de mi madre). Sentado está el hermano del novio de mi tía, y a su lado su propia hermana. Años veinte del pasado siglo.

que se ponían de actualidad. Parecerá inconcebible que una mujer de aquella época no permitiera que saliéramos a la calle sin ir bien arregladas.

Disfrutó cuando llegó la moda de que las mujeres fumaran. Cuántas veces estaba con ella sentada —ya mayor— hablando, me decía...

—Fúmate un pitillo hija, yo no me lo fumo porque a mi edad no está bien.

— ¡Increíble pero cierto!

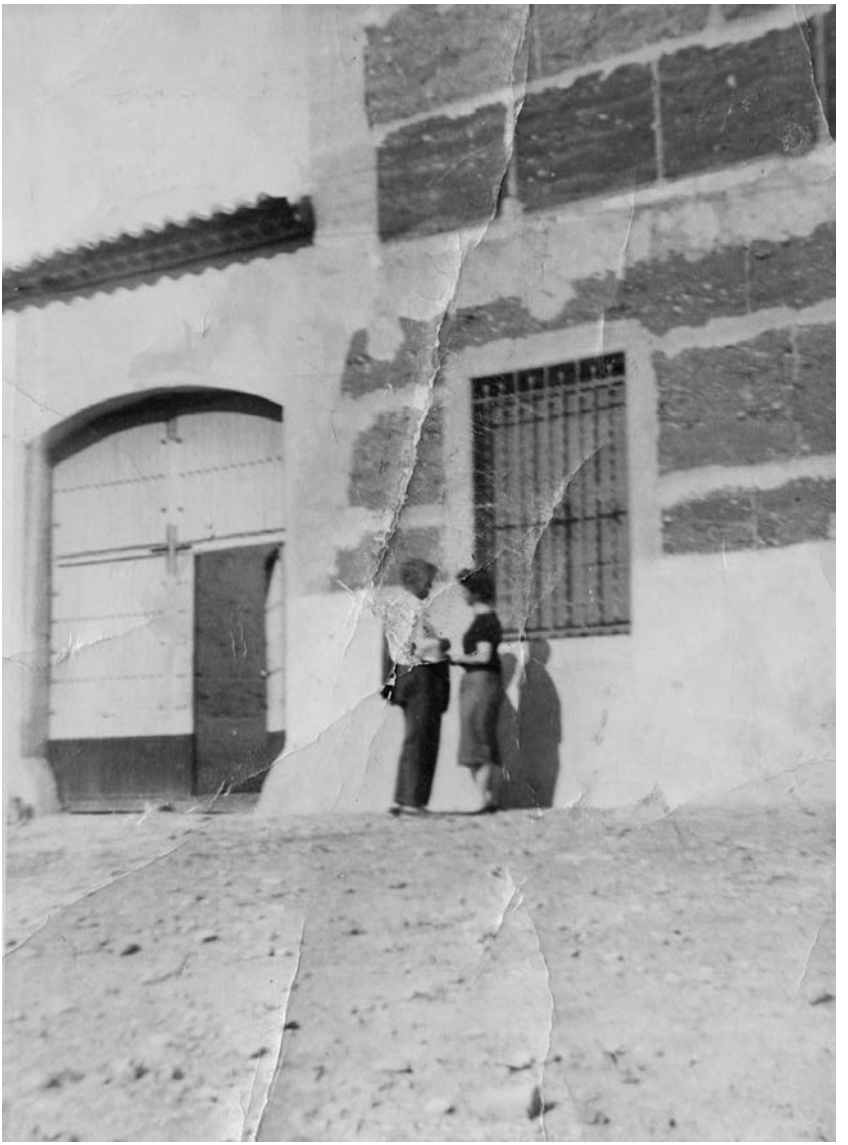
A las diez, más o menos, mi padre, mis hermanos y un oficial del taller, que era de otro pueblo, llegaban a lo que llamaban el almuerzo, que era el desayuno. Ya estaba puesto sobre la mesa, porque el trabajo les apremiaba y no podían perder tiempo.

Vestían unos monos azules, menos mi padre, que iba siempre con su chaqueta, y recuerdo que en verano la llevaba colgada siempre al hombro. Tenía una petaca para el tabaco y un mechero, de esos que rascando una piedrecita redonda prendía la mecha y encendía el cigarrillo, el cual había sido liado con una facilidad que yo admiraba. Silbaba en tono muy bajito, como tarareando una canción, y con el cigarro encendido regresaba al trabajo.

Era curioso; los chicos fumaban, pero nunca delante del padre; era como una falta de respeto a las personas mayores.

Tampoco las chicas podíamos ir a misa con los labios pintados. Antes de entrar en la iglesia, con nuestro pañuelito nos los limpiábamos y ¡ojo! también huías de encontrarte con tu hermano mayor. Aquello no nos resultaba ofensivo; era lo que tocaba y punto.

Acepto y compruebo que hay cosas por las que discuto con los más jóvenes. Entiendo que ellos, en este siglo, no son capaces de aceptar ni una sola de nuestras actitudes, fueran cuales fueran, respecto a un montón de personas y cosas; humildad ante situaciones, esfuerzo, tenacidad para la superación en momentos de dificultad, para compartir con los demás, lo que sin lugar a dudas es la fórmula más eficaz para combatir el egoísmo.

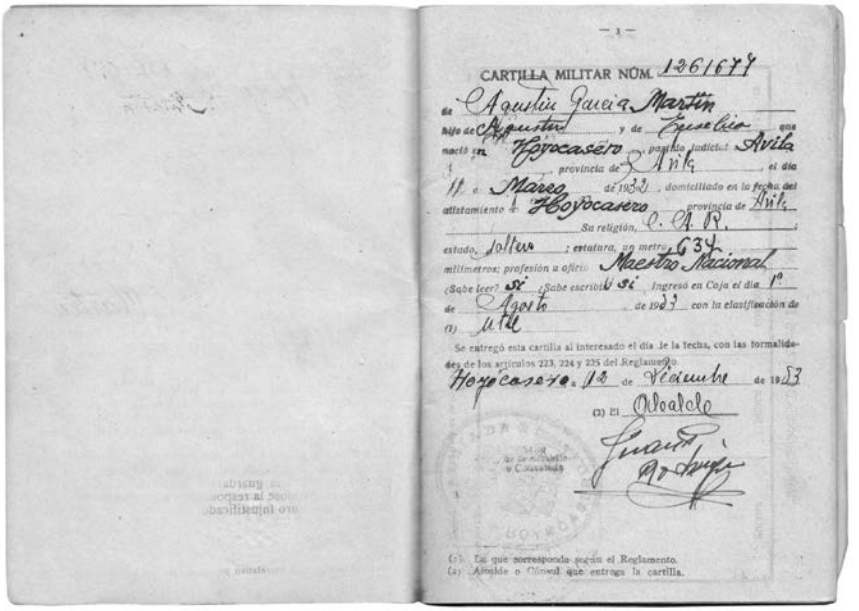


Con mi padre; creo que le abordé en la calle para pedirle dinero. Años cuarenta.

20. Llegaban los titiriteros

Mi inventario no termina. La pantalla que abrí un día por el pequeño agujero de una cerradura, continúa proyectando imágenes.

La Mili. El día de la marcha era de verdadero duelo; las madres y las novias guardaban como un luto el tiempo que durase la ausencia. Preguntabas por una chica y te decían: "No, no sale porque está su novio en la mili".



— 3 —

CARTILLA MILITAR NÚM. 1261677

de Agustín García Martín

hijo de Agustín y de Eusebia que

nació en Hoyocasero partido judicial Avila

provincia de Avila el día

11 de Marzo de 1934, domiciliado en la fecha del

alistamiento en Hoyocasero provincia de Avila

Su religión, C. A. R.;

estado, soltero; estatura, un metro 634

milímetros; profesión u oficio Maestro Nacional

¿Sabe leer? Sí ¿Sabe escribir? Sí Ingresó en Caja el día 1º

de Agosto de 1953 con la clasificación de

(1) Útil

Se entregó esta cartilla al interesado el día de la fecha, con las formalidades de los artículos 223, 224 y 225 del Reglamento.

Hoyocasero, 13 de Diciembre de 1953

(2) El Alcalde

(1) La que corresponda según el Reglamento.
(2) Alcalde o Cónsul que entrega la cartilla.

Cartilla militar de mi marido Agustín.

Nos ilusionaba la llegada de los titiriteros. Todos íbamos con la silla al hombro para asistir al teatro o a ver cualquier actuación que llegaba al pueblo. Y no digo nada cuando el ciego del romancero se paraba en una esquina para recitar y cantar tristes romances. El niño que le acompañaba los vendía por una peseta.

—¡Pobrecito, corre a comprarlo! —te decía la madre.

Y los aprendíamos de memoria para después cantarlos.

Uno de los más famosos era el *Romance del Conde Olinos*, por esa triste historia de amor en la que la madre cruelmente mandó asesinar al gran amor de su hija. Pongo el filtro a mi mente para ver si me acuerdo de alguno de aquellos romances.

El Conde Olinos

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Juan
se pasea Gerineldo
por la orillita del mar.

Mientras mi caballo bebe
una copla voy a echar
para que me oiga mi novia
que está en el palacio real.

Águila se paseaba,
por la orillita del mar.
Mira niña qué bien canta
la sirenita del mar.

—Mamita, no es la sirena,
ni tampoco el serenal,
es el hijo del rey conde
que por mis amores va.

Si es el hijo del rey conde
cuatro tiros le han de dar,
y otros cuatro a su caballo
a la orillita del mar.

La niña que ha oído esto
a casa de su tío va:
—Tío, tío, estoy malita
y no dejo de llorar.
—¿Qué te pasa si estás mala
y no dejas de llorar?
—Tengo mis amores muertos
en la orillita del mar.

Estando en estas palabras,
el entierro vio pasar,
dio un grito tan horroroso
que era digno de escuchar.

—Ya te vas y ya me dejas
y muy sola he de quedar,
ya te vas y ya me dejas,
contigo quiero marchar.

Pasan uno y pasan dos
y la infanta mala está,
pasan tres y pasan cuatro,
y la infanta *amortajá*.

Pasan siete y pasan ocho,
y la llevan a enterrar;
como hija de la reina,
la entierran en un altar.

Él como hijo del rey conde
dos pasitos más atrás.
Entremedias de los dos
ha retallado un rosal,
con letras de oro que dicen,
he muerto por mi mamá.

La mamá que se ha enterado
lo ha mandado recortar,
cuánto más lo recortaban,
más flores echa el rosal.
Serán los amores muertos,
que penadito estarán.

No creo que este romance sea completo ni exacto, pues pasados tantos años no lo recuerdo bien. Hay otros muchos, que como dije anteriormente; los cantaban por todas las esquinas, y cuanto más dramáticos más gustaban, y si les hacían llorar, mejor aún.

Allí arribita

Allí arribita, arribita
allí arribita en Carmela
un novio mató a su novia
por la flor de la canela.

Como era tan bonita
le tiraban el sombrero,
Antonio le tiró el suyo
y no quiso recogerlo.

—A la salida del baile
me lo tienes que pagar.
Te he de cortar la cabeza
y la mano principal.

Al otro día por la mañana
Antonio se levantó
y fue a casa de su novia
a aprovechar la ocasión.

Al subir por la escalera
Adela se está peinando:

—Márchate de aquí, Antonio,
no vaya a venir mi hermano.

—No me marcho, no me marcho
que te he venido a matar.
Se ha quitado la chaqueta
le ha dado dos *puñalás*.

A eso de las nueve y media
llegó su padre a almorzar.
Se encuentra a su hija muerta,
—¿Quién ha sido el criminal?
Si lo cogiera ahora mismo
lo cosía a *puñalás*.

Ya la suben, ya la bajan,
ya la echan en la losa,
los angelitos del cielo
la coronaban de rosas.

Ya la suben, ya la bajan,
ya la echan en el suelo,
Antonio que estaba allí
la tapó con su pañuelo.

Las flores del camposanto
están llorando a gotitas
viendo al criminal que va
agarradito a las cintas.

El siguiente romance lo teatralizábamos en el colegio:

Romance del conde Flores

Grandes guerras se publican
entre España y Portugal
y al conde Flores le nombran
su capitán general.
Lloraba la condesita,
no cesaba de llorar.
Acaban de ser casados
y se tienen que apartar.

Un día estando en la mesa
su padre le empezó a hablar:
—Deja el llanto, condesita,
nueva vida has de tomar.
Condes y duques te piden, hija,
¡te debes casar!
—No lo querrá el Dios del Cielo
que yo me vuelva a casar.
¡Dadme licencia, buen padre,
para el conde ir a buscar!
—La licencia tienes, hija,
mi bendición además.

Se retiró a su aposento,
llora que llora se va.
Se quitó medias de seda,
de lana se fue a calzar.

Se quitó zapato raso,
lo puso de cordobán.
Y un brillar de seda verde,
que valía una ciudad.
Y encima del brillar puso
un hábito de sayal.

Cogió el bordón en la mano
y se fue a peregrinar.
Anduvo siete reinados,
morería y cristiandad.
Anduvo por mar y tierra,
no pudo al conde encontrar.
Cansada va la romera
que ya no puede andar más.

Subió al monte, miró al valle
y un castillo vio asomar.
—Si aquel castillo es de moros,
allí me cautivarán,
mas si es de buenos cristianos,
ellos me han de remediar.

Y bajando unos pinares,
gran vacada fue a encontrar.
—Vaquerillo, vaquerillo
te quisiera preguntar:
¿de quién llevas tantas vacas,
todas de hierro y señal?
—Del conde Flores, romera,

que en aquel castillo está.
—Vaquerillo, vaquerillo,
más te quiero preguntar
del conde Flores, tu amo
¿cómo vino para acá?
—De la guerra llegó rico.
Mañana se va a casar.
Ya están muertas las gallinas
y están amasando el pan.
Mucha gente convidada,
de lejos llegando va.
—Vaquerillo, vaquerillo,
por la Santa Trinidad,
por el camino más corto,
has de encaminarme allá.

Jornada de todo un día,
en medio la hubo de andar,
y al llegar junto al castillo,
con don Flores fue a encontrar,
y arriba vio estar la novia,
en un alto ventanal.
—Dadme limosna, buen conde,
por Dios y por caridad.
—Oh, qué ojos de romera,
en mi vida los vi igual.
—Sí los has visto, buen conde,
si en Sevilla estado has.
—La romera es de Sevilla
¿qué se cuenta por allá?

—Del conde Flores, señor,
poco bien y mucho mal.

Echó la mano al bolsillo
y un real de plata le da.
—Para tan gran señor,
poca limosna es un real.
—Pues pida la romerica,
que lo que pide tendrá.
—Yo pido ese anillo de oro
que en tu dedo chico está.

Y abrióse de arriba a abajo
su hábito de sayal.
—¿No me conoces, buen conde?
Mira si conocerás
el brillar de seda verde
que me diste al desposar.

Al mirarla en aquel traje,
el conde cayó hacia atrás.
Ni con agua ni con vino
le podían consolar
sino es con palabras dulces
que la romera le da.

La novia bajó llorando,
al ver al conde llorar
y al lado de la romera,
se lo ha venido a encontrar.

—Malaya, la romerica
¿quién la trajo para acá?
—No la maldiga ninguno,
que es mi mujer natural.
Con ella vuelvo a mi tierra
¡Adiós, señores, quedad!
¡Quédese con Dios la novia,
vestidita y sin casar,
que los primeros amores
no se pueden olvidar!

*****

Parecidos podría escribir un montón, pero quizá resultase un poco aburrido.

21. Los últimos años en mi pueblo

No más temas tristes, ni de la miseria que en muchas familias había. Aún ahora siento dolor y pena de muchas escenas y situaciones que presencié, pues como niña, en un pueblo donde todos nos conocíamos, entraba en muchas casas, y esas situaciones que recuerdo ahora las siento con rabia, dolor y tristeza.

Los últimos años en mi pueblo natal fueron felices, ilusionantes, divertidos; en ellos disfruté de una gran libertad.

Ya hablé con anterioridad de mi regreso de Madrid, donde fui alumna de un largo curso en la Sección Femenina. Empezaban las fiestas del pueblo; todo estaba vestido de gala. Yo regresaba eufórica con la maleta cargada de nuevas ideas, nuevas ilusiones, nuevas formas de vida y sobre todo muchas ganas de trasmitir a los demás mis experiencias.

En principio el Ayuntamiento me encargó un curso de gimnasia rítmica en las escuelas; pero no teníamos polideportivo como ahora, ni pistas para poder practicar ningún deporte. Con nuestros pololos y en el santo suelo las niñas se lo pasaban en grande, y las madres que nos observaban con el cesto de la compra en la mano, quedaba embobadas viendo a sus niñas haciendo unos movimientos que no conocían.

A mí aquello me divertía, me gustaba; no me pagaban nada, solo el reconocimiento de todos los padres que admiraban aquella forma tan distinta de que sus hijos aprendieran esa gimnasia tan bonita.

Aquel mismo curso, unos días antes, había llegado al pueblo un nuevo maestro, joven y guapo. Yo no le conocía, pero mis amigas me decían que les gustaba, que era un chico muy interesante.

Un día, casualmente, yendo por la calle, me crucé con el medico del pueblo, con el que teníamos gran amistad. Iba con él un joven desconocido para mí. Me lo presentó como nuevo maestro que llegó al pueblo, me alargó su mano muy cortésmente y yo le di la mía, charlamos un rato y cada uno siguió su camino. Pero... Cupido en ese momento nos clavó la flecha.

Durante las fiestas las demás chicas se daban cuenta, antes que yo, de las miradas y seguimientos del nuevo maestro; lo íbamos tomando con buen humor y como una de tantas veces que un chico nos miraba.

Pasaban los días y el murmurar del pueblo se incrementaba. Él comentó al novio de otra amiga que la chica que más le gustaba era yo.

Eso era divertido; gastábamos bromas, pues el chico valía la pena. Yo seguí mi vida normal sin pensar si el nuevo maestro me miraba o tenía conmigo alguna galantería, pero me dijeron que tenía mucho interés en tener conmigo un encuentro.

Casualidad o no, solo o acompañado me lo encontraba cada día con más frecuencia. La dueña de la pensión, muy conocida de la familia, preparaba nuestros encuentros con mucha sutileza. Un primo mío, alumno de él, le metía notas para mí entre las hojas en los libros. ¡Qué magia tenía todo aquello!

El primer encuentro a solas, recordándolo ahora, fue una escena para una película. Las luces en la calle eran malas y escasas, yo iba a casa con una amiga que vivía en la misma calle, regresábamos de nuestro paseo diario. En la oscuridad de

Procesión de las fiestas del Cristo. Ese día vi por primera vez al que luego sería mi marido, el de las gafas oscuras. Años cincuenta.

la noche, al cobijo de un árbol, vemos a una persona acercándose a mí con mucha corrección; nos da las buenas noches y me pide por favor si podía hablar conmigo un momento. Mi amiga, muy educadamente, se despidió, siguió su camino. Yo me puse a temblar, y con una débil voz le dije que sí, pero a la vez miraba de un lado a otro por si alguien nos veía, pues al día siguiente la comidilla del pueblo sería ese encuentro.

Hablamos largo rato, nos llamábamos de *usted*; me propuso que quería salir conmigo sin tapujos. Yo, muy digna, le dije que en los pueblos las costumbres son leyes y lo correcto era comentarlo a mis padres; pero a la vez pensaba ¡malditas leyes las de mi pueblo!

Para ser la primera vez que hablábamos nos alargamos mucho; teníamos diecinueve años los dos. Hacía frío, él llevaba una gabardina de un color clarito, yo un abrigo verde agua y unos hermosos tacones, un libro en la mano que me dejó una amiga para leerlo. Me lo pidió y lo hojeó un momento; al devolvérmelo aprovechó para cogerme la mano. Yo me separé y me despedí nerviosa; apresurada me metí en casa.

Gracias a Dios nadie me había espiado, pues *el vigía*, mi hermano, se estaba acicalando su pelo liso y estirado como entonces lo llevaba, y se preparaba para salir a una reunión de amigos. Pasito a pasito se formalizó nuestra relación con el visto bueno de mis padres, a los que tuvo que pedir autorización.

Se terminaron los tapujos y pasó a ser un miembro más de la familia. Nuestros paseos diarios y la ruptura de rancias costumbres me costó más de una crítica, pero decidí dejar pasar todo porque sabía que después seguirían todos ese mismo camino. Años después nos casamos, y ese fue el motivo por el que marché de mi pueblo.

Merienda en un huerto con mis hermanas y mi novio. Años cincuenta.

¿ Adónde voy?

— ¿Adónde vas?— Me gritaba
la soledad de mi valle.
— ¿Adónde vas?— Preguntaba
la noche de aquella tarde.

Yo miraba al infinito
con un frío de metales
y bajo mi pie caliente
sentí el llanto de mi calle.

¿Adónde iré, si me arrastra
y me detiene este aire?
¿Adónde iré, si me sigue
dando tirones la sangre?

Caminaré por caminos
donde no me mire nadie,
esconderé en las estrellas
las lágrimas que se escapen.

Soñaré bajo otro cielo
y lloraré al recordarte.
— ¿Adónde voy?— No preguntes,
qué no sabré contestarte.

Subiendo al coche después de la ceremonia de nuestra boda. 20 de agosto de 1957.

Fotografía que me hicieron en un momento de descuido. Años sesenta.

22. Metí en la maleta los sentimientos

Allí quedaron mis padres, mis hermanos, mis amigas, mis juegos, mi calle, mi casa, mi plaza, mi iglesia, mis fiestas, mis llantos, mis risas, mi infancia; y sobre todo lo que nunca se pierde, mis raíces.

Cambié una vida plana, sencilla, llena de miedos, de incertidumbres, de mil preguntas que no tuvieron respuesta en los primeros años de mi infancia. Allí quedaban los años locos de mi adolescencia. Cambié las verdes llanuras de La Mancha, los amplios horizontes, las tierras surcadas, las alineadas viñas, los verdes olivares.

Cambié los felices y alocados años de la primera juventud, por el sosiego que me ofrecía estar unida al primer y único amor de mi vida. ¡Felices años a su lado! ¡Felices aventuras! ¡Felices acontecimientos, como fueron la llegada al mundo de nuestros seis hijos!

No puedo olvidar los felices años que juntos vivimos en La Solana, al que considero mi segundo pueblo. Allí nacieron tres de nuestros hijos. Años felices en los que sentimos el calor y cariño de un gran pueblo, noble y sencillo, como lo es mi querida tierra de La Mancha.

Una gran satisfacción para mí es que la última salida que hizo mi marido fue a ese pueblo que tanto quería y donde dejó su cariño a tantos y tan buenos alumnos que pasaron por su clase. En la portada de mi libro *Las huellas* figuran los últimos pasos que dimos juntos en ese querido pueblo.

Cartilla de familia numerosa, con todos mis hijos. 1970.

Carro en las afueras de La Solana.

Mi marido (en el centro) con un compañero de la escuela y un amigo, en La Solana. Años sesenta.

Su muerte cambió el sentido de mi vida.

Envuelta en una espesa niebla se oscurecieron todos mis sentidos, me faltaba luz en el alma, buscando un pasado que nunca regresaría.

Con la pala y el pico de la tristeza cavaba una fosa en mi cerebro para extraer recuerdos que me sumergían en un tedioso letargo.

En esa búsqueda silenciosa encontré —perdidos en un cajón olvidado— hermosos poemas que fui escribiendo a lo largo de los años. Mi hijo Pedro quiso con ellos aliviar el dolor por esa gran pérdida, y animado por mi gran amiga, cantautora y poeta, Ana María Drack, puso en mis manos el primer

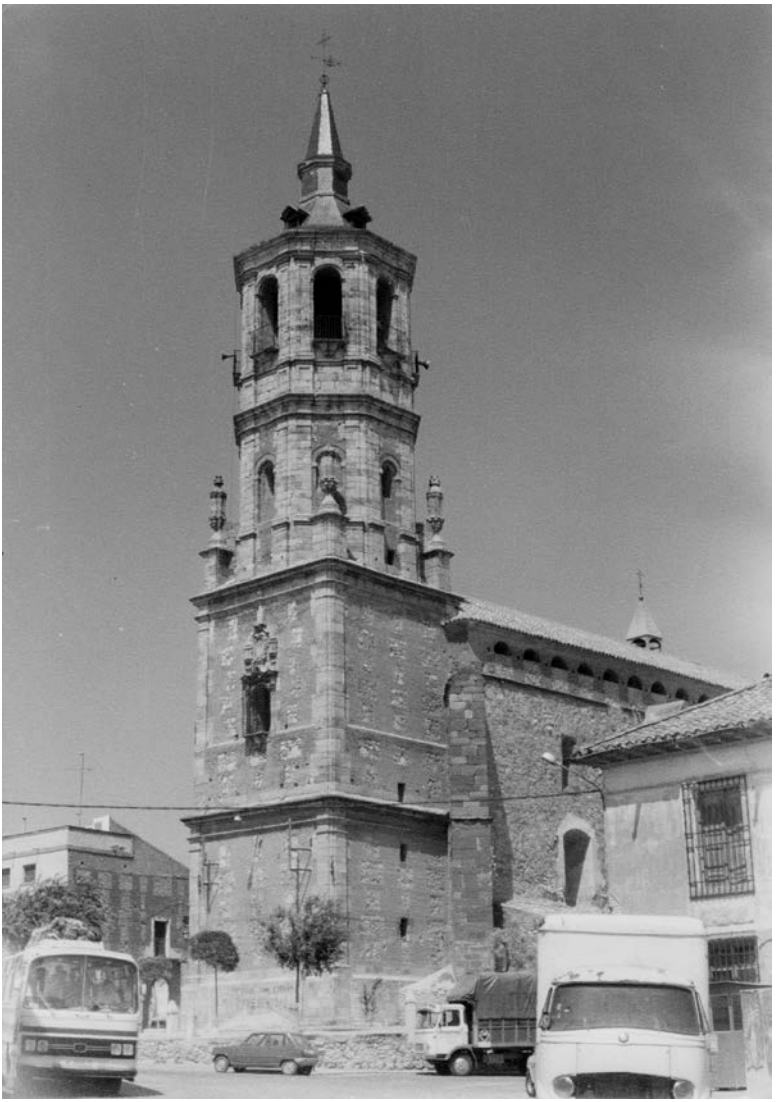
Mi marido, que era el director de la Casa de Cultura de La Solana, acompañando al alcalde en una entrega de premios. Años setenta.

libro, *Las huellas*, un poemario de recuerdos y añoranzas donde estaba muy presente el dolor de su marcha. En la página cincuenta y siete dejé escrito este corto adiós.

Volaremos

Nos volveremos a ver
batiendo alas al viento,
me tomarás de la mano
y volaremos muy lejos.

Cruzaremos mil fronteras
galaxias y firmamentos,
y en la paz del infinito
reposarán nuestros sueños.



Torre y campanario de la iglesia de Santa Catalina. La célebre "pava" o autobús de La Solana se puede ver a la izquierda. Años setenta.

23. Las letras me liberaron

Negación, rabia, desolación que con los años van quedando en cenizas.

Me fui liberando del dolor con la ayuda de las letras, y continué creando fantasías, ilusiones, sueños que se adueñan sumergidos en el centro mismo de todos mis sentidos, que ahora, en la punta de la pirámide de mi vida, dejo en este libro como un examen de fin de curso.

Los versos, la pluma, el papel que siempre me persiguieron, ahora me alientan vigorosamente para poder llegar hasta aquí con dificultad.

Tal vez sean los últimos renglones que me quedan para cruzar la línea azul de la tinta. Pero tal vez la fuerza de mi espíritu luchador sea capaz de vencer a la mismísima ciencia para seguir avanzando y para no dejar inconclusos nuevos versos. Cada día me acuerdo de una lista de espera en la que figura el nombre de esos poemas no terminados.

Mi alforja ya la tengo llena, las fuerzas se desgastan, pero mi ilusión continúa caminando, a veces doblada, como la espiga dorada esperando al segador.

Sin prisas

Me quiero morir sin prisas
para hacer esperar a la tristeza.
Vagar un poco más
por el jardín de mis sueños.

Para mirarme en tus ojos
con el dulce entreabrir de tu mirada,
Dejar la vida a pequeñas dosis
administrando poco a poco
el elixir que alarga la existencia.

Quiero morir en tus brazos
para que oigas cómo agoniza mi corazón.

Dejo visible en la pantalla de mi imaginación esta página alimentada de letras escritas con la pluma del alma, una infancia de miedos, de preguntas sin respuestas que cabalgan por mis pálidos sueños para despertar los recuerdos que en la carrera del tiempo, muchos de ellos, sacaron a la luz palabras y hechos no dudosos, ya que formaron parte de unos infantiles y juveniles años que no mienten.

Con mis versos descargo el corazón de recuerdos, añoranzas, ilusiones y fantasías que nacen solas como las flores en primavera. Soy dueña de una creatividad de la cual tampoco hallo respuesta.

De lo que no tengo duda es de que estoy aquí detenida por el freno de la vida, que me indica con su silencioso y honesto vocabulario —como una mística oración— que la poesía es más libre que todas las desgracias del universo y de la cual al final puedo disfrutar. La poesía tiene grandes alas que nada ni nadie detiene para volar libre sin pasaporte ni fronteras.

Foto familiar. Mis hermanos y mis padres al completo, aunque siempre en el recuerdo está mi pequeño hermano Manuel. Años ochenta.

Ahora vivo en Alcalá de Henares, la Ciudad de las Artes y las Letras, disfrutando de su historia, de su cultura y de toda su belleza.

Mi poesía se recita y lee en torno al gran autor que dio a conocer al mundo entero, con su gran obra *El Quijote*, mi tierra, La Mancha, don Miguel de Cervantes Saavedra.

Su admirada estatua, con pluma en mano, lidera todas las bellas artes, letras y culturas. Su monumento está enclavado en el corazón de esta ciudad, la Plaza de Cervantes, rodeado de iglesias, conventos, centros universitarios y demás lugares emblemáticos, como lo es su propia casa.

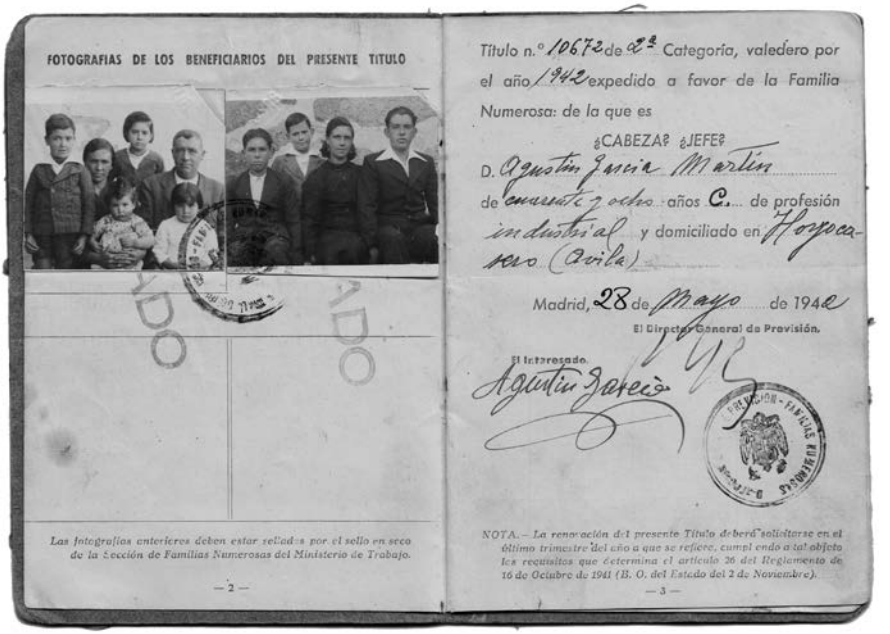
Plaza de Cervantes, Alcalá de Henares. Fotografía: Pedro S. G. Romero-Nieva.

Otras fotografías

Con mis hermanas en lo que llamábamos "la cachuchera del gato". Finales de los años cuarenta.

Imagen de la puerta de la iglesia del Santo Cristo. Era un Viernes Santo. El cura iba diciendo el Vía Crucis acompañado por todo el pueblo. Años cincuenta.

Primer día de mi marido en el pueblo. Ese día tomó posesión de la escuela como maestro. En esta imagen está acompañado por unos amigos, disfrutando de los toros en las fiestas de 1952.



FOTOGRAFIAS DE LOS BENEFICIARIOS DEL PRESENTE TITULO

Las fotografías enteriores deben estar selladas por el sello en seco de la Sección de Familias Numerosas del Ministerio de Trabajo.

— 2 —

Título n.º 10672 de 2ª Categoría, valedero por el año 1942 expedido a favor de la Familia Numerosa: de la que es

¿CABEZA? ¿JEFE?

D. Agustín García Martín

de cuarenta y ocho años C. de profesión industrial y domiciliado en Hoyocasero (Avila)

Madrid, 28 de Mayo de 1942

El Director General de Previsión,

El Interesado,

Agustín García

NOTA.— La renovación del presente Título deberá solicitarse en el último trimestre del año a que se refiere, cumpliendo a tal objeto los requisitos que determina el artículo 26 del Reglamento de 16 de Octubre de 1941 (B. O. del Estado del 2 de Noviembre).

— 3 —

Cartilla de Familia Numerosa de mi marido. Eran diez hermanos. Año 1942.

Con mi hermana Miqui entre maizales. San Carlos del Valle. Años cincuenta.

Rodeada de mis hijos y amigos en los veranos de las Lagunas de Ruidera. Años setenta.

Mi hijo Agustín (abajo a la derecha, con una cinta blanca) en la vendimia de los campos de La Mancha. Iba con muchos de sus amigos, y se traían experiencias inolvidables. Finales de los años setenta o principios de los ochenta.

Mi hijo Agustín en aquellos mismos días de vendimia.

Así veíamos todas las tardes ponerse el sol en la laguna Colgada, en Ruidera. Imagen tomada desde la terraza del apartamento que alquilamos para pasar el verano de 1981. Estas escenas me inspiraron poesías que luego aparecieron en mis libros.

Finalizo este libro el 26 de diciembre de 2020,
día de mi cumpleaños.

Mariana Romero-Nieva

Aquel agujero

Mis años entre una enredadera

Ω
MITÁFORAS EDITORIAL